11256

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Imprenta que fué de **Operarios**, calle del Factor núm 9.

à cargo de D. F. R. del Castillo.

1852.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatr esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.
¡Es un Angel! (o)	3	Suarez Brabo.
Trabajar por cuenta agena. (o)	3	Cazurro.
La Gloria del arte. (o)	3	Asquerinos.
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)
Para heridas las de honor. (o)	5	Galvez.
Mi mamá. (o)	1	Sierra.
El 5 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella.
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Oudrid y Hernando.)
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.
Las Guerras civiles. (o)	3	Asquerinos.
Traidor, inconfeso y Martir. (o)	3	Zorrilla.
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.
Nobleza contra Nobleza. (o)	4	García de Quevedo.
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.
Hacer cuenta sin la huéspeda. (o)	3	Perez Arenas.
La madre de San Fernando. (o)	4	Rosell.
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.
Un paje y un caballero. (o)	3	García de Quevedo.
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	García de Quevedo.
Una falta. (o)	3	Huici.
Las flores de D. Juan. (o)	5	Escosura.
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.
Arcanos del alma. (o) *primera parte.*	3	Asquerino. (D. Eus.)
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.
Negro y Blanco. (o)	1	Silbela y Barreras.
Entre bobos anda el juego. (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)

(1) Las letras que van á continuacion del título de las obras, significan (a g'ada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

UNA MUJER MISTERIOSA.

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL

DE

Don Ramon de Navarrete.

Representada por primera vez en el teatro del Instituto Español.

MADRID:—1852.
Imprenta que fué de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo.
Calle del Factor, núm. 9.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLOTILDE.	Doña Josefa Palma.
LA CONDESA VIUDA DE PRADO-VERDE.	Doña Luisa Yañez.
LUISA.	Doña Francisca Tutor.
DOÑA VIRGINIA VERDEOLAGA.	Doña C. Sampelayo.
EL MARQUÉS DE SANTA FÉ. .	D. Manuel Catalina.
EL BARON DE MONTE-FLORIDO.	D. Juan Catalina.
D. HOMOBONO REDONDO. . . .	D. Mariano Fernandez.
D. ENRIQUE FIGUEROA. . . .	D. Antonio Gonzalez.
PERICO, *mozo de fonda*.	D. Ramon de Guzman.

La escena pasa en Madrid.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galería titulada El Teatro.

Al Sr. D. Emilio Santillan de Herrera.

DIPUTADO A CORTES,

Su fraternal amigo,

Ramon de Navarrete.

672142

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unamujermisterio3831nava

ACTO PRIMERO.

Un salon en la fonda de las Diligencias peninsulares.—A la derecha la puerta del cuarto de Clotilde; á la izquierda y enfrente la habitacion del Marqués.—En el fondo, la puerta de entrada general.

ESCENA PRIMERA.

El Marques, El Baron, D. Homobono. *Al levantar el telon, el Marqués mira por el ojo de la llave en la puerta del cuarto de Clotilde; los otros se hallan inmediatos á él, y en ademan de la mas viva curiosidad.*

Baron. Ves algo?

Marq. No.

Homob. Pues ya deben haberse levantado, porque son las doce y media.

Marq. Ah!..

Baron. Qué es eso?

Marq. Allí están!

Baron. Quiénes?...

Marq. Las dos!

Baron. Qué hacen?

Marq. La una, la de mas edad, se halla sentada y escribiendo.

Baron. Y la otra?

MARQ. La otra leé por encima del hombro de su compañera lo que esta escribe, sonriéndose.

HOMOB. Habrá picarilla!

MARQ. Ahora se levanta... se acerca hácia aquí... corre la cortina de la puerta... y nos deja á oscuras. (*Viniendo al proscenio.*)

BARON. Cualquiera creería que han adivinado nuestro espionaje.

HOMOB. Ciertamente!

MARQ. Pero quiénes serán, Dios mio, quiénes serán?

BARON. Si no supiese que mi hermana Clementina no se ha movido de Nápoles, diría que la una es ella. Tanto es lo que se parece al retrato que poseo, y que es lo único por lo que la conozco.

MARQ. No, pues de seguro es la misma...

BARON. Cómo! Mi hermana?

MARQ. No!—La heroina de la aventura que me sucedió en París en el baile de máscaras.

HOMOB. Una aventura? Tú eres el hombre de las aventuras felices...

MARQ. (*Sonriéndose.*) Pues lo que es aquella, no lo fue mucho; porque me valió solamente una estocada...

BARON. Y algunos ramilletes.

HOMOB. (*Arrellanándose en una silla.*) Cuentámela, cuentámela, porque debe ser graciosa...

MARQ. No la sabes ya?

HOMOB. No.

BARON. Si, Alberto nos la ha referido cien veces!

HOMOB. Entonces, la he olvidado, y necesito recordarla.—Vamos, ya te escucho.

BARON. Homobono, eres el hombre mas pesado que he visto!...

MARQ. Como que pesa diez arrobas y media! (*Sonriéndose.*)

HOMOB. Siempre á vueltas con mi obesidad!...

BARON. Cualquiera adivinaría tu nombre solo con verte.

HOMOB. Las bromitas de costumbre por mi apellido!—Tengo yo la culpa de llamarme Redondo?

BARON. No; pero tienes la de serlo.

HOMOB. No comprendo...

BARON. Ya lo suponia yo.—Digo que si comieses menos, y si discurrieses mas, no estarías tan gordo, tan panzon, tan mofletudo, tan...

HOMOB. Lo peor es que eso me lo repites lo mismo delante de todo el mundo.

BARON. (*Mientras este diálogo, el Marqués ha sacado de su cartera un ramillete seco, y lo lleva á sus lábios.*) Otro que tal baila! Pues no está besuqueando ahora esos yerbajos?

HOMOB. Qué es?

BARON. Uno de los ramilletitos de que yo hablaba antes...

HOMOB. Pero no me esplicarás...?

BARON. Oye, pelma, oye: te contaré la historia en breves palabras.—El carnaval anterior se hallaba nuestro amigo Alberto en París; y en Paris fué á un baile de máscaras; y en el baile de máscaras encontró á un dominó...

HOMOB. Masculino?

BARON. No, femenino.

HOMOB. Dominó negro, por supuesto?

BARON. No, de color de pulga.—Protéjame usted caballero dijo cojiéndosele del brazo.

HOMOB. El dominó?

BARON. No, la que lo llevaba.—«Hay unos calaveras que me persiguen, y quieren arrancarme la careta! Defiéndame usted, señor Marqués, defiéndame usted!

HOMOB. Ah! Con que le conocia?

BARON. Por las señas.—Alberto que es, segun sabes, algo novelesco, algo romántico, aceptó tan peligrosa mision. Los perseguidores eran tres militares groseros que habian tributado frecuentes libaciones al Dios Baco.—Hubo aquello de:—Es usted un necio; y de:—Son ustedes unos miserables.—Hubo tambien barruntos de bofetadas; pero interpusiéronse algunas almas piadosas, y todo se arregló quedando convenido que Alberto se batiría á la mañana siguiente con uno de los tres militares.

HOMOB. Y se batió?

BARON. Y estuvo quince dias en la cama, merced á un buen sablazo que le sacudió su contrario en el hombro. Pero lo que es él no lo sintió mucho, porque diariamente recibia un ramillete de pensamientos y de perpétuas, iguales á otro que el dominó de color de pulga le habia dado cual premio de su proteccion en el baile de máscaras.

HOMOB. Y qué, se parecia tu desconocida de entonces á nuestra desconocida de ahora?

MARQ. Yo no la ví la cara, porque desapareció en cuanto la hube salvado, entregándome estas simbólicas flores; aunque me hace suponer que es la misma que habita ahí, el que lleva siempre un ramillete de la propia forma, y tambien de perpétuas y pensamientos.

HOMOB. Ah! Si no es mas que eso!...

MARQ. Luego, mi corazon me dice que es ella!

BARON. Diciéndotelo tu corazon... es diferente.

HOMOB. Será alguna maga, alguna hechicera?

BARON. Oh! Si fuese tal, yo sé muy bien lo que la habia de pedir.

HOMOB. El qué?

(*Se entreabre la puerta del cuarto de Clotilde, y aparece allí esta con Luisa escuchando.*)

BARON. Una cruz para mí y otra para Alberto.

LUISA. (*A Clotilde.*) Has oido?

CLOTIL. Sí... Ahora mismo voy á escribir al ministro pidiéndoselas.

(*Desaparecen.*)

HOMOB. Me ocurre una idea.

BARON. Una idea? A tí?

MARQ. De veras? Es imposible!

BARON. Qué fenómeno!

HOMOB. Llamemos al mozo de la fonda, al que os sirve...

BARON. A Perico?

HOMOB. Y pidámosle noticias de esa mujer.

BARON. La idea no es mala, si realmente es tuya.

MARQ. Es cierto!—Perico! Perico!

ESCENA II.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Llama V. S. señor Marqués?

MARQ. Sí, ven acá.—Dime, sabes quien habita en el cuarto de enfrente?

PERICO. Vaya! No lo he de saber?

BARON. Habla.

HOMOB. Habla.

PERICO. (*Con el mayor misterio.* Es... es... es una señora!

BARON. Te equivocas... porque son dos.

PERICO. No tal; es una señora con una señorita.

BARON. Buena salida! Si no tienes otras noticias que esas, puedes guardártelas.

PERICO. Sé mucho mas... mucho mas!

MARQ. Acaba con mil santos!

PERICO. Sé que llegaron anteayer...

MARQ. De París?

PERICO. Si señor; de París de Francia.

BARON. Y ellas, qué son?

PERICO. Oh!.. Ellas son muy bonitas!...

BARON. Crees que no tenemos vista nosotros, mentecato? Te pregunto que clase es la suya... que nombre tienen...

PERICO. En cuanto á clase... son de clase estranjera; y por lo que toca á nombre, no tienen ninguno.

MARQ. Tú estás loco!

PERICO. Digo que no tienen ninguno, porque no lo han dicho. Asi, solo las conocemos en la fonda por las señoras del número 7.—Pero vaya si son ricas! Han tomado la habitacion mas cara; comen espléndidamente; han traido cinco criados, y todavía buscan otro de librea...

HOMOB. Buscan otro, eh?..—Queridos mios, mucho lo siento, pero voy á ganaros las veinte onzas de la apuesta.

MARQ. Cómo?

HOMOB. No se ha convenido en que cada cual era dueño de adoptar el medio que mejor le cuadrase para conquistar á la desconocida?

MARQ. Asi es.

HOMOB. Entonces, yo lo lograré.

BARON. No te entiendo.

HOMOB. No has oido que busca un criado? Pues bien, me quito la barba; me pongo un vestido humilde; pretendo el honor de servirla; me admite; entro en su casa; alcanzo en poco tiempo su afecto, y por último, me despojo del incógnito, como el Conde de Almaviva, y la ofrezco mi mano, y mis cuarenta mil duros de renta!

BARON. Ah! ah! ah! Mucho me temo que rehuse la primera, y que solo admita lo segundo.

HOMOB. Con que, qué os parece mi plan?

BARON. Magnífico!

HOMOB. Y me autorizais para que lo ponga en ejecucion?

BARON. Cuando gustes, Homobono: tú no eres rival temible.

HOMOB. Lo veremos!

MARQ. Pero te resignarás á presentarte en público de librea, y en la trasera de su carruaje?

HOMOB. No, eso no; exigiré como primera circunstancia ser criado de lo interior; es decir, ocuparme solo de las faenas domésticas.

BARON. Será curioso verte servir á la mesa; anunciar las visitas, y quitar el polvo á los muebles!

MARQ. Y sobre todo, ver á esa humanidad andar de aqui para allá, ligero como una mariposa!

HOMOB. Burlaos, burlaos! Veremos quien gana.—Queréis prestarme ahora mismo vuestro cuarto y vuestro ayuda de cámara?

MARQ. Sin duda.—Y para qué?

HOMOB. Para verificar mi transformacion. Dentro de diez minutos no me conocereis.

BARON. Mira que vás á ponerte muy feo; tú ya lo eres bastante, y cuando te despojes de tu frac, de tu cadena, y de tu peluca...

HOMOB. Quién ha dicho que yo tengo peluca? Lo que yo llevo es pelo artificial. Luego, hasta con la humilde librea conservaré mi aire elegante y distinguido. Con que, vamos?

MARQ. Vamos allá.—Perico, que nos sirvan el almuerzo en mi cuarto: mientras tú te embelleces, Homobono, Ricardo y yo almorzaremos. (*Váse Perico.*)

ESCENA III.

DICHOS, D. ENRIQUE.

ENRIQUE. Buenos dias, Marqués; buenos dias, Baron. A Dios, gordo. (*A Homobono.*)

HOMOB. (*Ap. furioso.*) Siempre ese epíteto satírico!

ENRIQUE. Pasaba por aquí casualmente, y he subido á preguntaros si habeis sabido algo de vuestra vecina.

MARQ. Nada absolutamente, Enrique; y en la casa tampoco están mas adelantados que nosotros.

ENRIQUE. (*Con fatuidad.*) De veras? Entonces yo puedo ilustrar vuestra ignorancia.—Desde ayer, desde que se presen-

tó en el Prado con aquel coche magnífico tirado por cuatro caballos, con aquel traje tan suntuoso como elegante, no se habla en todas partes sino de su lujo y de su hermosura.—Nadie la conoce, y todos pretenden conocerla; las mujeres, no pudiendo llamarla fea, afirman que es una intrigante; y los hombres aguzan el ingenio para adivinar quien puede ser esa estrella que ha aparecido de repente en nuestro horizonte. En fin, hasta se ha acudido á la policía para tomar informes...

MARQ. Y qué?

ENRIQUE. La policía no ha sido mas feliz que los demás; y se ha contentado con refrendar su pasaporte, que está en regla, y con asentar su nombre en el registro...

BARON. Y qué nombre es?

ENRIQUE. Un nombre muy vulgar y muy prosáico; Mme. Brouillard en francés; ó Madama Niebla en castellano.

BARON. Es posible?

ENRIQUE. Pero lo que no ha conseguido la policía, ni los curiosos, ni las envidiosas, lo he logrado yo.

MARQ. Tú?

BARON. Esplícate.

ENRIQUE. Sí; esta mañana he recibido una carta de París en que me despejan la incógnita, anunciándome que ha salido de allá para acá una cantatriz mas célebre por su belleza que por su voz, y mas notable por su boato que por sus dotes artísticas, la cual no encontrando allí quien la ajuste, viene á Madrid á seducirnos y á deslumbrarnos!

MARQ. No, no puede ser!

BARON. Por qué no? La interpretacion de Enrique me parece bastante exacta.

ENRIQUE. En fin, hasta os diré su nombre verdadero, porque el otro es supuesto; se llama Almerinda Bonitellí, y es italiana.

MARQ. Y su coche? Y sus caballos?

ENRIQUE. Alquilados, amigo mio.

MARQ. Y su fausto? Y su opulencia?

ENRIQUE. No te lo he dicho? Cálculo para llamar la atencion, y para hacerse pagar mas, que ya le ha salido perfectamente; pues sé que el empresario del teatro Real va á hacerla proposiciones de ajuste.

MARQ. Será verdad? *(Ap. con amargura.)*

BARON. Y la preciosa niña que la acompaña?

ENRIQUE. Es una hermana suya, á quien tambien destina al teatro.

HOMOB. Una cantatriz? Entonces, queridos, no me va á costar gran trabajo ganaros el dinero. (*Frotándose las manos.*)

BARON. Ah! Me ocurre un plan escelente, Alberto. (*Bajo á él.*)

MARQ. Cuál?..

BARON. Silencio delante de Enrique!

ENRIQUE. Con que, amigos, os dejo. (*Tomando su sombrero.*)

MARQ. No quieres almorzar con nosotros?

ENRIQUE. No; estoy comprometido en otra parte. Además, no es justo que seais vosotros los únicos favorecidos con mis noticias, y voy á hacer una docena de visitas para comunicárselas á algunas personas. Eso siempre le dá á uno tono é importancia...

PERICO. (*Desde la puerta del cuarto de Alberto.*) Cuando V. S. guste, señor Marqués.

ENRIQUE. A Dios, amigos mios. (*Dándoles la mano.*) Espero veros en paseo ó en el Casino. Homobono, procura seguir engordando! Ah! ah! ah!

HOMOB. (*Ap.*) Habrá necio?

MARQ. No me dirás?...

BARON. Te lo diré en la mesa.

MARQ. Pues vamos.

HOMOB. Vamos.

(*Vanse los tres.*)

ESCENA IV.

CLOTILDE *y* LUISA. *En cuanto se entran los otros, abre Luisa con precaucion la puerta de su cuarto, asoma la cabeza, y cuando se cerciora de que está desierta la escena, sale.*

CLOTIL. (*Asomándose á la puerta.*) No hay nadie?

LUISA. Nadie; puedes salir.

CLOTIL. Pero esta sala...

LUISA. Esta sala, bien lo sabes, es comun á todos los huéspedes. Así, el propio derecho tenemos nosotras que ellos...

CLOTIL. Es verdad!

LUISA. Que sorprendidos se pondrán cuando reciban sus cruces

como llovidas del cielo, porque el ministro no se las negará.

CLOTIL. Asi lo espero!

LUISA. (*Yendo á mirar por la cerradura del cuarto del Marqués.*) Están almorzando!

CLOTIL. Entonces no hay miedo de que salgan.

LUISA. Y aunque salgan, qué importa?

CLOTIL. Hola! Parece qué no los temes!

LUISA. Temerlos? Y por qué?

CLOTIL. Ricardo especialmente es tán atrevido! Anoche en el teatro no apartó la vista de tí ni un solo instante.

LUISA. Y por eso le llamas atrevido?

CLOTIL. Parece que no te desagradó su atrevimiento, ni te disgusta tampoco el tal Ricardo.

LUISA. Te lo confieso, Clotilde; á pesar de lo que tú me habias dicho, á pesar de la alta idea que yo tenia de él, la realidad ha escedido esta vez á la imaginacion!

CLOTIL. Cuidado, Luisa mia, no vayas á enamorarte!

LUISA. Prima....

CLOTIL. Ya sabes que es un hombre inconstante y olvidadizo, acostumbrado á fáciles y brillantes conquistas, y capaz de desdeñar por eso mismo las que son mas apreciables, siendo mas modestas! Hija mia, no te espongas á dar las primicias de tu corazon, la virginidad de tu cariño á quien no las estime en lo que valen!

LUISA. No, no lo temas, Clotilde; siempre seguiré tus consejos!

CLOTIL. (*Con emocion.*) En cuanto al Marqués, hay mucha diferencia. En su espresivo rostro se reflejan los nobles sentimientos de su alma! El será capaz de un amor verdadero y profundo, él no engañará nunca á la que ame; él en fin sabrá estimar el cariño que reciba en cambio del suyo...

LUISA. Cuidado, Clotilde mia, cuidado no te vayas á enamorar!

CLOTIL. (*Sonriéndose.*) Enamorarme? A mi edad no es tan fácil como á la tuya; tengo venticuatro años, y tu quince! Además, soy viuda!

LUISA. Buena razon! Viuda de un anciano con el que te casaron á la fuerza!

CLOTIL. Es cierto! (*Suspirando.*)

LUISA. Quién sabe si te sucede lo que á mí... esto es, quien sabe si no has amado aun?

CLOTIL. (*Sonriéndose.*) Quién sabe!

LUISA. Pero escúchame: estoy segura de una cosa.

CLOTIL. De qué?

LUISA. De que las dos amaremos!

CLOTIL. (*Acariciándola.*) Niña!...

LUISA. Los niños y los tontos dicen la verdad!

CLOTIL. Quién sabe?

LUISA. Sí! quién sabe?

ESCENA V.

DICHAS, PERICO.

PERICO. Señora....

CLOTIL. Ah! Es usted? Qué se ofrece?

PERICO. Afuera está un hombre que desea hablar con V. S... ó con V. E... porque aun ignoro el tratamiento que tiene.

CLOTIL. El que usted guste. Y qué quiere ese hombre?

PERICO. Es el recomendado del Administrador de abajo; el que pretende entrar al servicio de V. E.

CLOTIL. En ese caso, que pase adelante.

PERICO. Entre usted, jóven: entre usted...

ESCENA VI.

DICHOS, D. HOMOBONO, *en traje de lacayo.*

HOMOB. (*Ap. al salir, y haciendo una cortesía ridícula.*) Quién há de decir que soy yo?

CLOTIL. (*Bajo á Luisa.*) Has visto en tu vida facha mas estrafalaria?

LUISA. (*Id.*) Repara que nos mira!

CLOTIL. (*Id.*) Tienes razon; disimulemos. (*Alto.*) Es usted, amigo, el que quiere entrar á mi servicio?

HOMOB. Yo soy, si señora.

CLOTIL. Y en donde ha estado usted antes?

HOMOB. He servido aqui en la fonda al señor Baron de Montefloridо, que ha llegado poco há de viajar, y no ha puesto todavía casa.

CLOTIL. Aaah!.. (*Mirando significativamente á Luisa.*)

LUISA. (*Con interés*) Prosigue, prosigue. (*A Clotilde.*)

CLOTIL. Y cuánto tiempo hace que há abandonado usted al señor Baron?

HOMOB. Cinco dias.

CLOTIL. Le es á usted posible revelarme el motivo?

HOMOB. (*Confuso.*) El motivo? El motivo? El señor Baron tiene mala cabeza; y aunque es franco y generoso.... no le faltan trapisondas ni gatuperios.

LUISA. (*Suspirando.*) Ah!

CLOTIL. De modo que le habrá usted abandonado por temor de contagiarse? (*Con ironía.*

HOMOB. Si señora: sucedian cosas... cosas que erizan los cabellos.

CLOTIL. Está bien; todo eso le honra á usted mucho; y no dudaré en tomarle á mi servicio si sus demás prendas corresponden á las que ya he descubierto. Qué sabe usted hacer?

HOMOB. (*En la mayor indecision, y rascándose la cabeza.*) Sé... señora... sé... en primer lugar.... sé.... No me acuerdo de lo que sé!

CLOTIL. Pues no deja de ser gracioso!

HOMOB. (*Ap.*) Que será preciso saber? (*Alto.*) Ah! sé abrir la puerta....

CLOTIL. Ah! ah! ah! Si las demás habilidades de usted son como esa...

HOMOB. (*Vivamente.*) No señora, no! Sé hacer de todo; soy un buen criado, y si V. E. me recibe, estoy seguro de que no se arrepentirá.

CLOTIL. (*Con irónica solemnidad.*) Ese orgullo es sin duda el de genio; y creyéndole á usted bajo su palabra, le admito como desea.

HOMOB. Mil gracias!... (*Ap.*) Ganaré la apuesta!

CLOTIL. (*Bajo á Luisa.*) Porque si tenemos un lacayo torpe, tendremos al menos un escelente bufon.

HOMOB. Y desde cuando, si gusta V. E?

CLOTIL. Desde ahora mismo, si á usted le acomoda.

HOMOB. Cuanto mas antes, mejor.

CLOTIL. (*A Perico.*) Diga usted á mi Mayordomo que admito á este jóven, y que le imponga en todo lo respectivo á su obligacion.

HOMOB. (*Muy alegre.*) Mil gracias, señora, mil gracias. Tiene V. E. alguna orden que darme?

CLOTIL. Ninguna. Puede usted retirarse...

HOMOB. (*Ap.*) He triunfado! (*Comienza á retirarse haciendo ridículos saludos, y andando hácia atrás; pero tropieza con un velador donde hay juguetes de china, y lo derriba con estrépito.*) Ah!... Ah!

PERICO. (*Acudiendo.*) Habrá torpe!

CLOTIL. Qué es eso?

HOMOB. (*Aturdido dá algunos pasos hácia adelante, se escurre en la alfombra, y cae de espaldas.*) No es nada! Oh!

PERICO. (*Bajo á D. Homobono.*) Pero está usted empecatado? (*Ayudándole á levantarse: Clotilde y Luisa se rien á carcajadas.*)

CLOTIL. Ah! ah! ah!... Amigo mio.... ah! ah! ah!... entra usted con muy mal pié... ah... ah!... en mi casa; y dudo mucho de su aplomo, cuando con tanta facilidad toma tierra.... Así, no hay nada de lo dicho!

HOMOB. Señora, yo procuraré en adelante...

CLOTIL. No, soy algo supersticiosa, como educada en Italia, y temeria siempre que este suceso fuera un auguario fatal. No hay nada perdido.... nada mas que esos pobres cacharros, que bien valen el buen rato que usted me ha proporcionado....

HOMOB. Con que, sin remedio?...

CLOTIL. Sin remedio! (*Señalándole imperiosamente la puerta.*) Pedro, acompáñele usted.—Luisa, entremos en nuestro cuarto.

ESCENA VII.

D. HOMOBONO, EL MARQUES, EL BARON, PERICO.

BARON. (*Encontrando á Homobono en la puerta.*) Homobono!

HOMOB. Amigos mios!

MARQ. Qué hás logrado?

HOMOB. Nada: salgo derrotado y contuso!

MARQ. Es posible!

BARON. Es que estás mas feo que de costumbre con ese maldito traje!

HOMOB. Riete, riete, como la otra!

MARQ. Se ha reido de tí?

PERICO. (*Maliciosamente.*) Sin embargo, nadie puede negar que el señor D. Homobono ha dado golpe.

HOMOB. Y un golpe furioso! Por qué no me avisaste de lo que habia á la espalda, maldito?

BARON. Pues qué, chico, por ventura has dado algun barquinazo?...

PERICO. (*Recogiendo la china rota.*) Y aqui tiene el señor Baron las señales.

HOMOB. Tropecé, y....

BARON. En ese caso, puedes decir como César, vine, ví,... y caí!...

MARQ. Y probablemente para no volver á levantarte! Pobre Homobono!

BARON. Pobre Homobono!... Preciso es confesar que no eres afortunado con las mujeres!... Pero consuélate con la idea de que nosotros seremos mas felices!

HOMOB. Mucho lo dudo, porque esa mujer es un demonio!

BARON. Quizás nosotros la convertiremos en un ángel!

MARQ. Ya puedes ir preparando las veinte onzas!

HOMOB. No estais poco ufanos con mi derrota... Pero quién sabe?

BARON. Sí, quién sabe?... Esa es la razon de los que no saben nada.

ESCENA VIII.

DICHOS, LA CONDESA.

COND. (*A un mozo que la acompaña.*) Con que dice usted que aquel es su cuarto. (*Señalando al de Clotilde.*)

MARQ. Condesa? usted aquí?

COND. (*Saludándolos.*) Señores!...

HOMOB. (*Ap.*) Si me vé con este traje, soy perdido! (*Huye.*)

COND. Cómo!... Por qué huye de mí Redondo?

BARON. Porque le ha cojido usted disfrazado... *in fraganti* delito de seduccion.

MARQ. Pero á qué debemos la dicha en hallar á usted en este sitio?

COND. Es cosa muy sencilla, amigo mio. Ayer no se ha hablado en Madrid mas que de una célebre modista francesa, que acaba de llegar de París, y vengo á encargarla un traje.

MARQ. Y.... vive en esta fonda?

COND. Justamente.... y ese es su cuarto!

BARON. Una modista! Por eso vá tan bien vestida!

MARQ. Es imposible!

COND. Cómo! Serán ustedes por ventura de los que han creido ver en ella una Duquesa? Es necesario no conocer la charlatanería de nuestros vecinos. Si madama Brouillard se hubiera anunciado modestamente en el *Diario*, nadie habria acudido á ella; se presenta en una soberbia carretela, y así está segura de recibir hoy las visitas de todas las señoras mas ilustres de la corte.

MARQ. Dios mio! será cierto?

BARON. Una modista! Ya decia yo que tiene un airecillo de taco á pesar de su lujo...

COND. Yo no me equivoqué ni un solo instante!

MARQ. Y es tan hermosa!...

COND. Y tan ordinaria!... Carece de distincion, de gracia, de soltura, de.... Yo no niego su mérito; pero hay feas que me agradan muchísimo mas!

MARQ. (*Al Baron.*) Parece que la teme!

BARON. (*Al Marqués.*) Y la teme especialmente por tí.

COND. En fin, si ustedes quieren salir de la duda, concédanme veinte minutos solamente. Haré que la pasen recado, y...

BARON. Mas conviene que nosotros no estemos delante.

MARQ. Podemos escuchar la conferencia desde mi cuarto!

COND. Como ustedes gusten... Pero qué tiene usted, Alberto? Le noto á usted triste, pensativo, melancólico!... Se habria usted enamorado por ventura de la modista? Sería gracioso!

MARQ. Carolina!...

COND. En fin, no son estos lugar ni momento oportunos para hablar de tales cosas. Retírense ustedes, y déjenme encargar á esa divinidad misteriosa un vestido y un corsé.

BARON. Hasta luego, Condesa.

MARQ. Hasta despues, Carolina. Una modista. Nunca lo podré creer!

ESCENA IX.

La Condesa, *luego* Clotilde.

Cond. Sí, sí, algo tiene el Marqués! Apresurémonos á despojar de su incógnito á esa mujer y desahagámonos así tal vez de una rival. Aquel es su cuarto. Vamos. (*Se acerca á la puerta del de Clotilde, y llama con fuerza: Clotilde abre la puerta, y aparece en su dintél.*) Ya abre. (*Despues de saludarla ligeramente.*) No es usted madama Brouillard?

Clotil. (*Con dignidad.*) Que se le ofrece á usted, señora?...

Cond. (*Volviendo al salon, sentándose con negligencia en un divan, y hablándola con tono de superioridad.*) Venga usted acá; tengo que hacerla varios encargos. Ante todo, comprende usted bien el español?...

Clotil. Perfectamente! (*Tomando un sillon, y sentándose junto á la condesa.*)

Cond. (*Ap.*) Y se sienta á mi lado! Qué atrevimiento! (*Alto.*) Amiga mia, en Madrid estamos muy mal en punto á modistas; las que tenemos son ramplonas, detestables. Así, cuando llega alguna de justa reputacion... (*Ap.*) Y no me dá las gracias! Grosera!

Clotil. (*Ap.*) A dónde irá á parar?

Cond. Pero usted está destinada á hacer una revolucion en el arte; usted introducirá modas nuevas; usted dará distinto corte á los trajes...

Clotil. (*Ap.*) Por quién me tomará?

Cond. A propósito, trae usted figurines?

Clotil. Figurines?

Cond. Si por cierto!

Clotil. (*Secamente.*) No señora.

Cond. (*Ap.*) Qué tono usa! Cualquiera creeria que es mi igual! (*Alto.*) En fin, no importa; cada una tiene su sistema, y nada hay perdido si no le agradan á una sus obras de usted.

Clotil. Mis obras?

Cond. Pero al menos traerá usted muestras... telas... cintas!..

Clotil. No señora.

COND. Tampoco? Es particular! (*Mirando el vestido que Clotilde tiene puesto.*) Me gusta esta bata!... La forma es graciosa y elegante... por supuesto la habrá hecho usted... (*Levantándole la manteleta para mirar el cuerpo.*) El cuerpo está clavado!

CLOTIL. (*Ap.*) Qué impertinencia!..

COND. En fin, me hará usted otra igual.

CLOTIL. (*Levantándose.*) Qué dice usted?

COND. Ah! vá usted por las medidas? Necesito un corsét. Hace usted tambien sombreros? En ese caso le encargaré uno, y le aseguro á usted que el vestirme á mí no la traerá pocas parroquianas.

CLOTIL. Pero, señora, por quién me toma usted?

COND. Por lo que es usted!... (*Doña Virginia aparece ahora en el fondo y escucha.*)

CLOTIL. Por lo que soy?

COND. No se llama usted Mma. Brouillard?

CLOTIL. Con efecto; ese nombre llevo!

COND. No es usted una modista de París?

CLOTIL Modista yo?... Ah! ah! ah!

COND. Cómo! Me habré equivocado?

CLOTIL. Modista? Ah! ah! ah! Modista! Ah! ah! ah!

ESCENA X.

DICHAS, *y* DOÑA VIRGINIA.

VIRG. Modista? Llamar modista á una persona tan célebre, tan ilustre!

COND. (*Ap.*) Quién es esta vieja?

CLOTIL. (*Ap.*) Quién será esta loca?

VIRG. Ah! Señora! permítame usted que la manifieste mi alegría, mi júbilo por haber logrado conocer á aquella de quien tanto nos habló la fama!

CLOTIL. (*Ap.*) Esto se complica! (*Alto.*) Y no puedo saber lo que usted desea?

VIRG. Me llamo Virginia Verdeolaga, y soy artista de canto... pero artista infeliz!

COND. (*Ap.*) No vuelvo de mi sorpresa!

VIRG. En mi niñez, ya lejana, aprendí la música como artede

adorno, y como puro entretenimiento! Quien me dijera entonces que algun dia sería mi único recurso! Mi padre que tenia un destino muy alto...

COND. Era ministro?

VIRG. No señora, era campanero... Mi padre, digo, estaba orgulloso de mi voz. Poseía yo una estension prodigiosa; desde el *si* agudo, hasta el *re* grave! Pero ay de mí!... Cierta noche que el autor de mi existencia repicaba á mas y mejor, perdió el equilibrio, y cayó á tierra cual otro Cuasimodo! Quise desde luego lanzarme al teatro; pero mi madre le profesaba una grande antipatía, y no me lo permitió, dejando correr así el tiempo mas próspero de mi juventud. Por fin, el destino me arrebató á la que me diera el ser, y no hubo ya obstáculo para seguir mi irresistible vocacion. Conocí entonces á un hombre que se apasionó ciegamente de mí; y como soy tan sensible... le amé ciegamente tambien. El allanó todas las dificultades que se oponian á mi *debutto* en el teatro del Circo; y ya estaba ensayada para mi primera salida la *Nina pazza per amore*, que elejimos como ópera de circunstancias, cuando un tenaz constipado vino á empañar sensiblemente mi órgano!

COND. Qué lástima!

VIRG. Ay! Si, señora: perdí la voz, y no la he vuelto á recobrar aun!

COND. Y por qué no la puso usted en el Diario de avisos, á ver si parecia?

VIRG. Lo peor es que perdí igualmente á mi amante, quien solo queria esplotarme, es decir, esplotar mi porvenir con el título de primo donno! No sé cómo la desesperacion y la miseria no me mataron! Mas traté de aprovechar mis conocimientos musicales; dí lecciones de solfeo y de piano...

CLOTIL. Pero y qué puedo yo hacer por usted?

VIRG. Puede usted hacer mucho; ya doy las notas altas con toda perfeccion; y si logro recuperar el *do* de pecho, se abre nuevamente para mí la senda de la gloria y de la felicidad.

CLOTIL. Dios mio! Se han propuesto volverme loca? (*Ap.*)

VIRG. Ah señora!... No se niegue usted á protegerme! No rehuse auxiliarme con sus lecciones y con sus consejos! Acaso cuando recobre la voz, recobraré tambien lo

único que ambiciona un alma apasionada y volcánica! Ah!

CLOTIL. Van agotando mi paciencia (*Ap.*) Señora, (*Alto.*) hablemos claro, por quién me toma usted?

VIRG. Por una artista eminente, de cuya fama está lleno el mundo; por una cantatriz sublime, coronada de laureles en todas partes; por una prima donna incomparable...

CLOTIL. Yo prima donna?

VIRG. En fin, por la célebre...

ESCENA XI.

DICHAS, PERICO, *luego* EL MARQUES *y* EL BARON.

PERICO. Señora, dos caballeros desean hablar á usted.

CLOTIL. A mí? Acaso otra nueva equivocacion! No importa: que pasen adelante. (*Perico se vá, y vuelve en seguida con el Baron y el Marqués.*) Ah! ellos son! (*Ap.*)

VIRG. Sin duda vienen á tributar á usted el homenaje debido á su talento artístico!

CLOTIL. Otra vez? (*Con impaciencia.*)

VIRG. Ah! El verdadero mérito es acatado por do quiera!

BARON. (*Despues de saludar profundamente, asi como el Marqués.*) Sin duda, señora, le sorprenderá á usted, y no poco, nuestra inesperada visita; pero personas de la reputacion de usted, no pueden guárdar por mas que quieran el incógnito; y á estas horas todos en Madrid repiten el nombre glorioso que usted lleva.

CLOTIL. (*Sonriéndose.*) Con que se ha descubierto mi nombre?

BARON. No era posible otra cosa.

CLOTIL. Y quieren ustedes tener la bondad de decirme quién soy?

BARON. Es inútil que se obstine usted en ocultarlo.

CLOTIL. En ese caso, no me obstino; pero permítanme ustedes les diga que no comprendo ni una palabra.

BARON. Me esplicaré si usted me lo permite. Estamos encargados de una mision particular.

CLOTIL. Y tan particular! Son ustedes diplomáticos por ventura?

BARON. (*Con ironía.*) Efectivamente, lo somos, señora; aunque dudo mucho que lo seamos tanto como usted.

CLOTIL. En fin, puedo saber el verdadero objeto de una visita que me honra infinito?

BARON. Estamos encargados de hacerla á usted proposiciones.

CLOTIL. Proposiciones?

MARQ. Proposiciones muy ventajosas.

CLOTIL. Y de parte de quién?

MARQ. De parte del empresario del teatro Real.

CLOTIL. Ah! Me proporcionará algun turno de abono, como deseo, y segun he encargado á varias personas...

BARON. Nada de eso: es una cosa mejor.

CLOTIL. Mejor? Pues si usted no se esplica...

MARQ. Para ahorrarnos esplicaciones, tome usted este documento. (*Sacando un papel del bolsillo y dándoselo.*)

CLOTIL. Pero qué es esto, señores? Qué significa?...

BARON. Es una escritura en blanco, para que usted ponga las condiciones que guste, y la firme. El empresario suscribe á todo.

CLOTIL. Una escritura? De qué, y para qué?

BARON. *De ajuste* y *para que* usted cante en el teatro Real.

CLOTIL. Para que cante? Ah! ah! ah! (*Riéndose á carcajadas.*) Para que yo cante? Ah! ah! ah!

VIRG. Y qué tiene eso de particular?

COND. Si no será tampoco cantatriz? (*Ap.*)

CLOTIL. Dispensen ustedes mi buen humor! Pero la proposicion es tan original!... Ah! ah! ah! Quién creen ustedes que soy yo?

BARON. Una célebre artista, una prima donna famosa; en fin, la señora Almerinda Bonitelli, que goza de una reputacion europea.

CLOTIL. (*Levantándose con altiva dignidad.*) Pues se han equivocado ustedes, señores, y les devuelvo el documento que me entregaron.

MARQ. Pedimos á usted mil perdones entonces; mas nuestra intencion...

CLOTIL. Ignoro, y no quiero saber, cuál era la intencion de ustedes. Si han imaginado llegar hasta mí con un futil pretesto, ya lo han conseguido; si por el contrario han querido burlarse de una señora, ya ven que no lo han logrado.

BARON. Semejante suposicion es injuriosa...

CLOTIL. Me han dado ustedes derecho para todo. Si tengo motivos para querer permanecer desconocida, es cuando

menos imprudente la curiosidad de que soy blanco. Si han concebido ustedes designios mas culpables, creo que han manchado con ellos sus blasones de caballeros.

BARON. Para esas palabras no la autorizan á usted ni su posicion ni su sexo.

CLOTIL. Pero me autoriza la descortesía de ustedes. En cuanto á estas señoras, diré á la una que no soy modista ni lo he sido en mi vida; á la otra que no soy cantatriz ni lo seré nunca, por la sencilla razon de que no sé cantar. Acerca de mi nombre, de mi clase, del objeto de mi venida á España, nada les diré tampoco, porque espero no serán mas exigentes que lo ha sido la policía. Señoras, beso á ustedes la mano.—Señores, conozco que he hecho mal en incomodarme, porque la aventura es muy graciosa, muy cómica, muy singular! Ah! ah! ah! ah! (*Hace un ligero saludo, y se retira.*)

ESCENA XII.

DICHOS, *menos* CLOTILDE.

BARON. (*Despues de una pausa.*) Hemos quedado frescos!...

VIRG. Pero sino es cantatriz, qué será?

COND. Daria cualquier cosa por saberlo!

MARQ. Confieso que tambien tengo curiosidad!

BARON. Y de qué modo nos ha tratado!

VIRG. Con qué altivez!

COND. Con qué tono de superioridad!

MARQ. Es que verdaderamente hemos sido muy indiscretos!

BARON. Tú siempre la defiendes!

MARQ. Y tú siempre la acriminas!

COND. Me parece, amigo mio, que le ha interesado á usted mucho la dama incógnita.

MARQ. A mí, no; pero...

COND. No hay por que negarlo!

MARQ. Condesa!...

COND. Eso se vé á cien leguas...

BARON. Pero, quién será esa mujer?

VIRG. Sí, quién será?

COND. Quién será?

MARQ. Quién será?

ESCENA XIII.

DICHOS, D. HOMOBONO.

HOMOB. Yo lo sé!
MARQ. Lo sabes?
BARON. Habla!
HOMOB. Ante todo decidme: cómo habeis salido de vuestra empresa?
MARQ. Derrotados!
BARON. Completamente derrotados!
HOMOB. Ya me lo esperaba yo!
BARON. Y por qué?
HOMOB. Sí, cuando yo no conseguí nada!... Luego, lo que acabo de averiguar...
COND. Cómo?
BARON. Cómo?
HOMOB. Por el administrador de las diligencias, con quien he hablado, y que me lo ha descubierto todo!
MARQ. Esplícate!
BARON. Habla!
VIRG. Sí, hable usted! hable usted!
HOMOB. Oidme... No es tal cantatriz, ni cosa que lo valga.
MARQ. Ya lo sabemos!
BARON. Si no nos dices mas!
VIRG. Pues qué es?
HOMOB. Es.... es.... es una princesa rusa, riquísima, que viaja para estudiar nuestros usos y costumbres.
BARON. Una princesa rusa!
COND. Será posible? Una princesa rusa!
VIRG. Y habla muy bien el español!...
MARQ. (*Ap.*) No importa: es ella!
COND. Y yo que la tomé por una modista!
VIRG. Y yo que la creí mi hermana... en artes!
BARON. Y yo que la traté con tanta llaneza!
COND. Es menester que la demos esplicaciones!
MARQ. Muchas esplicaciones!...
BARON. Bien pensado!
VIRG. Yo la rogaré que me dispense!...
COND. Lo mejor es convidarla para el concierto y baile que doy mañana en mi casa.

VIRG. Ah señora! Dá usted un concierto?

MARQ. Feliz idea!

COND. La enviaré una papeleta.... precisamente traigo dos ó tres aquí!

BARON. Y se la manda usted ahora con una carta, disculpándose de su equivocacion.

MARQ. (*Tirando de la campanilla.—A Perico que sale en seguida.*) Perico, pronto, recado de escribir.

PERICO. Aqui hay.

BARON. Escriba usted, Condesa, escriba usted pronto.

COND. Voy.... Ese mozo la entregará el billete....

HOMOB. Yo apuesto á que no acepta el convite.

MARQ. Yo apuesto que sí!

HOMOB. A qué no vá?

MARQ. A que sí vá?...

BARON. Eso mañana lo veremos! (*Durante las últimas réplicas ha aparecido Clotilde en la puerta de su cuarto, que está entornada.*)

HOMOB. No irá!

MARQ. Si irá!...

COND. Silencio, señores, que no me dejan ustedes escribir! (*El Marqués y D. Homobono siguen disputando vivamente y en voz baja: la Condesa escribe; el Baron lee por encima de su hombro lo que vá escribiendo.*)

CLOTIL. (*Desde la puerta, sonriéndose y dasapareciendo.*) Sí! Irá! Irá!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon magnífico en casa de la Condesa, adornado é iluminado para un baile.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa *y* el Baron. *Los dos salen por el fondo hablando con mucho acaloramiento; el Baron lleva en el frac la cinta de Cárlos III.*

Baron. Si señora; usted, usted tiene la culpa.

Cond. Y por qué tengo yo la culpa?

Baron. Por qué la convidó usted.

Cond. Podia yo preveer lo que sucede?

Baron. Debía usted preveerlo, despues de lo que habia pasado anteriormente.

Cond. (*Sentándose en un sillon desesperada.*) Nadie ha hecho caso de mí! Todos los obsequios han sido para ella!

Baron. (*Sentándose en el lado opuesto, y furioso.*) No me ha mirado á la cara! En cambio ha estado muy amable con Alberto!

Cond. Y qué traje tan magnífico... tan elegante, tan gracioso!.. El mio parece un trapo á su lado!

BARON. Todo el mundo se disputa la honra de hablarla, de saludarla, de conocerla. La pedí un rigodon, y me contestó con una sonrisa burlona: «Será el vigésimo, porque ya he ofrecido diez y nueve.»

COND. Y ella que no es bonita... porque no es verdad, Baron, que no es bonita?

BARON. Eh? No señora! (*Ap.*) La prueba de lo contrario es que no te lo parece á ti!

COND. Pues bien, ella que no es bonita... (*Levantándose, corriendo á un espejo, y mirándose en él.*) Está esta noche seductora... Mil veces mas hermosa que yo! (*Arrojando su ramillete con enojo.*)

BARON. Cuidado, Condesa, no haga usted la tontería de llorar, porque vá usted á alterar su fisonomía!

COND. Es cierto!

BARON. Al revés, sonríase usted con todo el mundo; muéstrese risueña, alegre, contenta; hable alto muy bien de la tal princesa, ó lo que fuere, aunque despues la quite el pellejo por lo bajo, y...

COND. Princesa! Yo no sé si lo es, pero se lo deja llamar á boca llena.

BARON. Tambien tiene usted la culpa.

COND. Yo?

BARON. Usted. No se lo ha dicho usted á mas de veinte personas?

COND. En secreto.

BARON. Eso esplica por qué ya lo saben veinte mil. Desengáñese usted, amiga mia; para divulgar una cosa no hay como decirla en confianza.

COND. Pero á los amigos...

BARON. Los amigos, eh? Esos son los que lo publican primero.

COND. Y... no ha reparado usted en Alberto... que no se aparta un instante de esa mujer?

BARON. Tambien es de usted la culpa. Tiene usted celos de ella, y se la trae á su misma casa!

COND. Como está en moda... como no habia ido aun á ninguna parte... quise que viniese á mi concierto. Luego, la debia una satisfaccion por haberla creido modista...

BARON. Quién le dice á usted que no lo sea?

COND. (*Atónita.*) Modista?

BARON. La ha preguntado usted su nombre, su familia, su clase?

No señora; la ha convidado usted tan solo porque dijo que era una princesa rusa algun majadero...

COND. Su amigo de usted D. Homobono...

BARON. Precisamente: un majadero.

COND. Pero si tiene un aire de distincion, de majestad!...

BARON. Eso se aprende... Lo repito, ha obrado usted con mucha ligereza! Y si tuviese usted en su casa alguna bailarina, alguna intrigante?...

COND. Dios mio! Me hace usted temblar!

BARON. Lo que me tranquiliza algo es la jóven que la acompaña. Es tan tímida, tan modesta, tan graciosa!

COND. Si es una niña!

BARON. Pero una niña divina!

COND. Vaya, se habrá usted enamorado de ella como el Marqués de la otra?

BARON. No me costaría mucho trabajo.

COND. Volvamos al salon, si usted gusta.

BARON. No: esperemos á que acabe de cantar aquella vieja á quien tuvo usted la humorada de convidar tambien.

COND. Ah! Doña Virginia? Quise que nada faltase en mi concierto: que al lado de lo sério estuviera lo grotesco.

BARON. Cuando hacia los primeros gorgoritos salí de allí, mientras todo el mundo se ponia el pañuelo en la boca para no soltar la carcajada.

COND. Yo ya habia prevenido que era una Doña Marta Revé.

BARON. Y sabe usted, Condesa, que me parece impía esa burla de la desgracia y de la demencia? Sabe usted que yo calavera y todo como soy, no haría nunca lo que ustedes hacen?

COND. Muy filósofo está usted esta noche.

BARON. No señora, estoy muy justo nada mas... Pero qué es eso?

(*Se oye ruido y tumulto en los salones*; *algunas personas atraviesan corriendo por el fondo.*)

COND. Alguna señora que se habrá indispuesto...

BARON. Precisamente.

COND. Y la traen hácia aqui! Toma! Si es la misma de quien hablábamos antes!

BARON. Doña Virginia! Y viene desmayada!

COND. (*Corriendo hácia el fondo.*) Qué será?

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA VIRGINIA *á quien* D. HOMOBONO *sostiene;* D. ENRIQUE *que sale abanicándola para hacerla volver en sí, y otros convidados, hombres y señoras. Uno saca un vaso de agua.*

ENRIQUE. Sentémosla en este sillon.

HOMOB. Sí, sí por Dios, que yo no puedo ya con ella. Cáspita que peso! *(La colocan en la silla; D. Enrique sigue haciéndola aire; D. Homobono toma el vaso de agua.)*

COND. Pero qué ha sido?

ENRIQUE. Nada, Condesa, nada: esta señora cantaba como... como una sirena... produciendo el mas vivo efecto, cuando de repente se pone pálida, pierde la voz, y se deja caer en los brazos de D. Homobono, que estaba cerca del piano.

HOMOB. Yo creí que se hundia el firmamento!

ENRIQUE. Entonces acudimos todos á socorrerla, y la hemos traido á esta sala, porque aqui se respira mejor. *(Doña Virginia suspira.)*

HOMOB. Ya vuelve en sí! Ha suspirado!

ENRIQUE. A eso lo llamas tú suspirar?

BARON. Pobre mujer!...

COND. Cuidado, Baron, no se enamore usted de ella!

VIRG. Ay!

HOMOB. Se siente usted mejor? *(Se oye dentro música.)*

COND. Se ha concluido el concierto, y va á empezar el baile! Voy corriendo á los salones!

BARON. Es la polka-mazurka que debo bailar con la jóven desconocida!

ENRIQUE. *(Soltando el abanico.)* Carolina, polka-mazurka... Ya sabe usted que esta es la nuestra!

COND. *(Tomando su brazo.)* Vamos.

BARON. Vamos!...

TODOS. Vamos!

HOMOB. Y me dejan ustedes solo con esta infeliz!...

COND. Amigo mio, lo siento mucho, pero ya conoce usted que mis deberes... *(Marchándose.)*

HOMOB. Sí, el deber de bailar!...

BARON. Yo estoy comprometido... (*Marchándose.*)
ENRIQUE. Y yo...
TODOS. Y yo... y yo!...
(*Sigue oyéndose la música cada vez mas viva; todos desaparecen precipitadamente.*)

ESCENA III.

DOÑA VIRGINIA, D. HOMOBONO.

HOMOB. Pues! La abandonan, porque es vieja y fea! Si fuera bonita y jóven, ya serian mas humanos!... No, al menos yo no los imitaré! (*Cojiendo el vaso.*) Beba usted un poquito, señora!
VIRG. Ay!...
HOMOB. Como se siente usted?
VIRG. Algo mejor! Gracias! Y de qué modo podré agradecerle á usted el interés que me manifiesta?
HOMOB. Cumplo con un deber nada mas... y me es muy grato...
VIRG. (*Ap.*) Muy grato!... Esto significa que yo le agrado.
HOMOB. Y cuál fue la causa de ese parasismo?
VIRG. Caballero, le debo á usted gratitud, y además me inspira mucha confianza. Asi, no quiero ocultarle nada.
HOMOB. (*Ap.*) Cielos! Qué me irá á descubrir?
VIRG. Ha sido una emocion muy fuerte.
HOMOB. Hola!
VIRG. Y como yo soy tan impresionable!
HOMOB. Ah!
VIRG. No pude resistir á ella, y me desmayé... creo que sobre usted.
HOMOB. Si señora, y agradezco infinito la preferencia.
VIRG. Conoce usted la historia de Dido abandonada?
HOMOB. De Dido? Si señora, la he visto en estampas por las calles.
VIRG. Pues yo soy la segunda edicion de aquella heroina de la antigüedad.
HOMOB. De la antigüedad? (*Ap.*) Esa es la única analogía que encuentro...
VIRG. Yo amé como ella! Ah!

HOMOB. Sí?

VIRG. Y como ella, fui abandonada! Oh!

HOMOB. De veras? (*Ap.*) Lo segundo se comprende mejor que lo primero.

VIRG. Hacia seis meses que no habia vuelto á ver á mi Eneas, cuando esta noche al comenzar el aria del *Hernani*, vuelvo la cabeza, y me lo encuentro á mi lado.

HOMOB. A su lado? (*Ap.*) Y por qué no se echaría sobre él?...

VIRG. En aquel momento, no sé lo que sentí; un frio, un calor... una alegría, una rabia!...

HOMOB. Y quien es el feliz mortal?

VIRG. Quién, caballero? El afinador de pianos!.. Por mas esfuerzos que hice por disimular, no pude; me acometió de pronto un temblor convulsivo; una nube oscureció mis ojos; perdí la voz, y caí...

HOMOB. De plomo sobre mi!

VIRG. No le parece á usted que soy la mas desgraciada de las mujeres, y que mi historia daria argumento para un drama?

HOMOB. Para un drama? (*Ap.*) Para un sainete en caso.

VIRG. Sepa usted que en algun tiempo me ocurrió la horrible idea del suicidio!

HOMOB. Señora!

VIRG. Pero despues renuncié á ella!

HOMOB. Hizo usted perfectamente!

VIRG. (*Ap.*) Qué interés le inspiro á este jóven!

HOMOB. (*Ap.*) Es insoportable esta vieja!

VIRG. Si yo hubiese tenido un corazon menos inflamable, me hubiera resignado á vivir... materialmente.

HOMOB. Es claro.

VIRG. Pero como el amor es una necesidad de mi naturaleza...

HOMOB. (*Ap.*) Cáspita!

VIRG. Solo me ha sostenido la esperanza de encontrar un dia alguno que me ame y que me comprenda.

HOMOB. (*Ap.*) Creo que se me va á declarar!

VIRG. (*Ap.*) Me ha dirigido una mirada volcánica!

HOMOB. (*Ap.*) Si viniese alguien á sacarme de esta ridícula situacion!

VIRG. Calla usted... y me mira! Amigo mio, yo creo comprender la elocuencia de ese silencio!

HOMOB. No comprenda usted... no comprenda usted por Dios!

VIRG. Hay vínculos misteriosos, resortes eléctricos que unen desde luego los corazones... y el mio ha adivinado lo que pasa en el de usted!

HOMOB. En el mio? Me hace usted el favor de decírmelo?

VIRG. Si; yo leo en él...

ESCENA IV.

DICHOS, EL BARON, *llevando del brazo á Luisa.*

BARON. No está aqui tampoco!..

HOMOB. Gente viene! (*Ap.*) Qué fortuna!

VIRG. Viene gente! (*Ap.*) Qué desgracia!

BARON. (*A Luisa.*) Pero si usted quiere descansar en este salon...

LUISA. Sí, aunque no sea mas que un instante; porque estoy rendida. (*Se sienta.*)

BARON. Ah! ustedes todavía por acá! Como se siente usted, señora?

VIRG. (*Mirando á D. Homobono.*) Mejor, mucho mejor!

HOMOB. (*Ap.*) Librémonos de ella! (*Alto.*) Querido Ricardo, estoy comprometido para el primer wals, bien lo sabes.

BARON. Yo no sé nada!

HOMOB. A tí, te confio esta señora, y... (*Ap.*) Me escapo. (*Váse.*)

VIRG. No, pues yo le sigo.

BARON. Eso es, sígale usted, sígale usted!

VIRG. Es menester que acabe de esplicarse. (*Váse.*)

ESCENA V.

LUISA, EL BARON.

LUISA. (*Levantándose.*) Ay! Y nos dejan solos!

BARON. Acaso tiene usted miedo de mí?

LUISA. No, pero no está bien...

BARON. (*Señalando al salon del fondo por donde pasea mucha gente.*) Vea usted si estamos acompañados...

LUISA. No obstante...

BARON. Confiese usted que lo que no le gusta es mi compañía.
LUISA. Por qué ha de pensar usted eso?
BARON. Como tiene usted tanto afan por abandonarme...
LUISA. Es que mi prima...
BARON. Ah! Aquella señora... la princesa es prima de usted?
LUISA. Prima carnal; y además, compañera de infancia.
BARON. Se amarán ustedes mucho!
LUISA. Mucho! Y quién no ha de amarla?
BARON. Tan buena es?
LUISA. Es un ángel!...
BARON. No es el único entonces que yo conozco!
LUISA. Pues mire usted que no hay abundancia de ellos en el mundo! (*Sonriéndose.*)
BARON. Esas ideas...
LUISA. Le sorprenden á usted?
BARON. En una niña!...
LUISA. No soy tan niña! He cumplido ya quince años!
BARON. Tiene usted razon; ya es usted casi una vieja.
LUISA. Luego, yo no lo sé por mí... pero se lo he oido decir á mi prima, que tiene mas edad y mas esperiencia.
BARON. Mas edad?
LUISA. Ha cumplido veinticuatro años... y es viuda.
BARON. Viuda?
LUISA. Nadie lo dirá, no es cierto? Parece tan jóven como yo!
BARON. Porque es tan bella casi!
LUISA. Me adula usted... y eso no está bien hecho. Ya sé que no valgo lo que Clotilde.
BARON. Se llama Clotilde? (*Ap.*) Bonito nombre para ser rusa. (*Alto.*) Y usted?
LUISA. Oh! Mi nombre es tambien menos lindo! Me llamo Luisa!
BARON. Luisa? Precisamente es mi nombre favorito!
LUISA. De veras? Qué casualidad! (*Con sencillez.*)
BARON. Pero lo que me admira es que siendo ustedes estranjeras, hablen el castellano con tal perfeccion!
LUISA. (*Sonriéndose maliciosamente.*) Lo hemos aprendido en la niñez, y nos gusta mucho á las dos este idioma!
BARON. Era por ventura español el difunto marido de su prima de usted?
LUISA. Quién sabe!
BARON. Quién sabe? Por qué quieren ustedes rodearse de ese misterio?

LUISA. No hay ningun misterio! Pero como usted me pregunta tanto...

BARON. Perdone usted si he sido imprudente....

LUISA. No hay nada que perdonar. Y Clotilde que no viene!...

BARON. Qué importa? Yo no la echo de menos!

ESCENA VI.

DICHOS, LA CONDESA, EL MARQUES. *Al mismo tiempo salen diferentes convidados que forman grupos en la escena, ó se sientan en diversas partes. El Marqués saca tambien la cinta de la cruz de Cárlos III.*

COND. *(Al Marqués, que la trae del brazo.)* Está usted agitado, inquieto, triste....

MARQ. Yo? No por cierto, Condesa. Al contrario, jamás he tenido mejor humor.

COND. (*Sentándose.*) Pues lo disimula usted perfectamente.

MARQ. (*Al Baron.*) Hola! Tú aqui.... Y con esa niña! Has averiguado algo?

BARON. Nada. Y tú?

MARQ. Yo? Yo, eh?... Ni esto!

(*Atraviesa por el fondo Clotilde del brazo de un caballero anciano.*)

LUISA. Ah! Allí veo pasar á mi prima. Le dejo á usted, y voy á reunirme con ella. *(Al Baron: despues de saludarle se une á Clotilde.)*

MARQ. Es la princesa rusa! (*Viéndola.*)

BARON. Y vá del brazo del presidente del consejo de ministros!

COND. (*Levantándose y mirando.*) Es verdad!

BARON. Y con que familiaridad se hablan!

MARQ. Y se sonrie con él!

COND. No hay duda; es una princesa! Voy á preguntárselo al ministro. (*Desaparece.*)

BARON. Sí, vaya usted, vaya usted! Oye, Alberto, me ocurre una cosa.

MARQ. Qué?

BARON. Si deberemos á esa mujer nuestras cruces de Cárlos III?

MARQ. Estás loco?

BARON. No voy tan descaminado. Se conoce que tiene confianza

con S. E., y nosotros, es decir yo, hablé cerca de su cuarto de nuestro deseo de tenerlas. Si acaso nos oyó...

MARQ. Sería posible?

BARON. Porque es muy raro que sin solicitarlo, sin hacer diligencia ninguna, hayamos recibido la condecoracion los dos á un tiempo.

MARQ. Es verdad!

BARON. Por otra parte, ella que se enojó tanto con nosotros cuando la supusimos cantatriz!...

MARQ. Oh! Lo ha olvidado y lo ha perdonado completamente!

BARON. Quién te lo ha dicho?

MARQ. Ella misma!

BARON. Hola! La has hablado?

MARQ. Aun mas: hemos bailado juntos.

BARON. (*Con cierto despecho.*) Si? Yo he bailado con Luisa!

MARQ. Quién es Luisa?

BARON. La prima de Clotilde.

MARQ. Y quién es Clotilde?

BARON. La prima de Luisa.

MARQ. Pues quedo enterado.

BARON. (*Con fatuidad.*) Chiquito, veo que estás muy poco adelantado, y que no sabes una palabra. Clotilde es la princesa, y Luisa es su prima, la jóven que la acompaña.

MARQ. No decías que no habias sabido nada?

BARON. Dice uno lo que dice, y sabe lo que sabe. (*Dándose importancia.*)

MARQ. Pero no me esplicarás?...

BARON. Aqui vuelve la Condesa.

MARQ. Veamos si ha averiguado....

BARON. (*A la Condesa que sale.*) Que le ha dicho á usted el ministro?

COND. Lo perdí de vista en la confusion, y luego encontré á la princesa ya sola.

MARQ. Y no supo usted?...

COND. Supe que S. E. acababa de marcharse.

MARQ. Qué lástima no haber podido salir de la curiosidad!

COND. (*Con intencion.*) Es solo curiosidad lo que le inspira á usted?

MARQ. Como á todo el mundo!

COND. De veras?

BARON. Ah! (*Mirando por la puerta del fondo.*) Otra vez se dirige á esta sala!

MARQ. Enrique la dá el brazo ahora!
BARON. Y Luisa viene con ella!

ESCENA VII.

DICHOS, CLOTILDE, LUISA, D. ENRIQUE.—*Clotilde sale del brazo de D. Enrique, y llevando á Luisa al otro lado; las dos señoras se sientan en un divan, y D. Enrique queda junto á ellas.—Muy cerca se sienta tambien la Condesa: el Marqués la habla de pié. El Baron anda de un lado para otro; los demás convidados circulan por la escena.*

ENRIQUE. *(Al salir.)* Sí: es usted la Reina de la fiesta!
(*A Clotilde.*)
CLOTIL. Esa frase tan bonita se la ha dicho usted ya lo menos á otras veinte esta noche.
ENRIQUE. Semejante suposicion!...
CLOTIL. Y no tiene nada de particular. De qué se ha de hablar sino en los bailes? A las señoras se les pondera su hermosura ó se les elogia el traje; con los hombres se critica lo mismo que antes se ha elogiado; y en fin, á la dueña de la casa se le dice que su baile está brillante, mientras por detrás se repite que el alumbrado es pobre, la cena mezquina, é insufrible el calor. Asi se pasa muy bien el tiempo, y se cumple perfectamente con los deberes que impone la sociedad.
ENRIQUE. Qué talento el de usted! Qué gracia! (*Siguen hablando.*)
MARQ. (*Ap. al Baron.*) Mira, trae como siempre el ramillete de perpetuas y pensamientos!
BARON. El tal ramillete te tiene trastornada la cabeza! (*Se acerca á Luisa y la habla.*)
MARQ. (*Ap. mirando á Clotilde.*) Y qué amable está con ese imbécil de Enrique! (*Alto y con despecho á la Condesa.*) Sí, Carolina: es usted la Reina del baile!
COND. *(Sorprendida.)* Qué le ha dado á usted tan de repente, Marqués?
MARQ. Está usted tan hermosa!
COND. Pues es la primera vez que usted me lo dice!
BARON. Pero no la primera que lo pienso!
COND. De veras? Vamos, no puedo dudar ahora de su galantería de usted; cosa que no siempre me sucede.

MARQ. De galantería lo califica usted?

COND. Y qué otro nombre puedo darle?

MARQ. (*Ap. mirando de reojo á Clotilde.*) Me mira... pero sigue hablando con Enrique!

COND. Es usted la criatura mas original que he conocido; me llama usted hermosa, y despues como si se asustase de lo dicho, guarda tétrico silencio.

MARQ. Y si me conviniese guardarlo? (*Confuso y mirando siempre á Clotilde.*)

COND. (*Enfadada notándolo.*) Entonces diga usted lo que quiera!

MARQ. (*Ap. á Enrique.*) Oye, Enrique, sabes quién es ya?

ENRIQUE. No he de saberlo? (*Bajo.*)

MARQ. Sí? Pues participámelo.

ENRIQUE. (*Misteriosamente.*) Es una princesa italiana.

MARQ. Antes rusa.... ahora italiana! Por lo visto estás tan adelantado como los demás! (*Le vuelve la espalda.*)

COND. (*Con coquetería.*) Vaya, quiere usted continuar la conversacion?

MARQ. Si lo estoy deseando!

COND. Acaso le parezco á usted tan temible? Soy por ventura una Circe, una Calipso, una Armida?

MARQ. (*Mirando siempre á Clotilde.*) Es usted mucho mas!

COND. (*Impaciente.*) Pues qué soy?

MARQ. (*Desconcertado.*) Es usted.... es usted.... es usted un ángel! (*En este momento suelta Clotilde su ramillete, que vá á rodar á los piés del Marqués, quien se interrumpe, coje el ramillete con emocion, y se lo presenta á Clotilde.*) Ah!...

COND. Ah! (*Con disgusto.*)

ENRIQUE. Ah! (*Queriendo cojer tambien las flores.*)

MARQ. Tome usted su ramillete, señora.... (*Clotilde lo toma en silencio, aunque haciendo un ademán espresivo.*)

COND. (*Levantándose furiosa.*) No hay duda: es una intrigante!... (*Ap.*)

MARQ. (*Ap. conmovido.*) Me ha mirado y se ha sonreido! No hay duda: es ella! (*Oyese dentro la orquesta que toca un wals.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA VIRGINIA, D. HOMOBONO.

VIRG. Pero qué! no baila usted? (*Sale siguiéndole.*)

HOMOB. No señora, no bailo! (*Ap.*) Esta mujer es mi sombra!

VIRG. Qué lástima! Y es un wals tan bonito! Si yo tuviese pareja!...

HOMOB. (*Viendo al Marqués y al Baron que hablan en el centro del teatro, y dirigiéndose á ellos.*) Amigos mios, me alegro de encontraros para que me libreis de esa vieja que se ha enamorado de mí!... tambien.

BARON. Tambien? Tú siempre tan afortunado!

ENRIQUE. (*A Luisa.*) Este es el wals que tuvo usted la bondad de ofrecerme!

LUISA. Es cierto. (*Tomando el brazo de Enrique.*)

BARON. Este es el nuestro, Carolina. (*Dando el brazo á la Condesa.*)

HOMOB. (*Al Baron.*) Hola! Allí veo á la princesa rusa! Y cómo me observa! Sí! sí! Me ha reconocido!

BARON. Te ha reconocido? Pues entonces! Pobre de tí, querido Homobono!

HOMOB. Por qué? Voy á sacarla á bailar, y ahora vereis, ahora vereis! (*Todos forman un grupo cerca de la puerta, observando á D. Homobono que se acerca á Clotilde.*) Señora.... señora.... se digna usted bailar conmigo este wals?

CLOTIL. (*Despues de una pausa, y con desprecio.*) Ah! Es usted?... No tengo por costumbre bailar con mis lacayos! (*Se levanta y le vuelve la espalda.*)

HOMOB. (*Aterrado.*) Señora.... Señora....

TODOS. (*Riéndose.*) Já! Já! Já!

BARON. No te lo decia, Homobono? Já! Já! Já!

VIRG. No tiene usted pareja? Pues aqui estoy yo. Vamos!

HOMOB. (*Ap.*) Esto solo me faltaba!... (*Alto.*) Pero si yo no....

VIRG. No perdamos tiempo. Vamos, vamos! (*Le coje del brazo y se le lleva á los salones.*)

ESCENA IX.

CLOTILDE, EL MARQUES.—*Clotilde vuelve á sentarse; el Marqués se acerca á ella tímidamente.*

MARQ. No baila usted, señora?

CLOTIL. No señor, no walso. (*Breve pausa.*)

MARQ. Vá usted á llamarme imprudente; á reirse de mí quizás; pero quisiera dirigirla una pregunta....

CLOTIL. La que usted guste.

MARQ. Estaba usted en Paris hace un año?

CLOTIL. No ciertamente; pasé todo el invierno en Italia.

MARQ. De veras?

CLOTIL. Por qué habia de negarlo?

MARQ. No quiera usted prolongar una broma que dura há tanto tiempo, y que yo he sellado con mi sangre.

CLOTIL. No le entiendo á usted, caballero.

MARQ. No se hallaba usted cierta noche en el baile de la Opera? No tuve yo la fortuna de protegerla contra los insultos de unos calaveras ébrios; no recibí una estocada al dia siguiente por aquella causa?

CLOTIL. (*Sonriéndose.*) Señor Marqués—porque creo que lleva usted este título—me permite usted que conteste á sus preguntas con otra pregunta?

MARQ. Hable usted, señora.

CLOTIL. Es usted poeta por casualidad?

MARQ. Por qué?

CLOTIL. Porque creo que me está usted contando una novela... aunque una novela muy interesante.

MARQ. Comprendo lo que esas palabras significan, y me retiro. (*Haciendo ademan de marcharse.*)

CLOTIL. Se ha enfadado usted acaso por esta inocente chanza?

MARQ. (*Deteniéndose.*) Oh! No por cierto! Conozco que me he equivocado, y la pido á usted perdon. No, no es posible que sea usted la misma, no es posible! Aquella no hubiera sido nunca ingrata!

CLOTIL (*Conmovida y disimulando.*) Ingrata! Yo no lo seré jamás!

MARQ. Está usted conmovida, agitada....

CLOTIL. (*Dominándose.*) Soy un poco novelesca, y confieso á usted que con lo que me ha referido, me he forjado una historia sentimental y patética; y por otra parte, admiro á usted que espuso su existencia por una persona desconocida....

MARQ. No finja usted mas, no finja usted mas! Y ese ramillete igual, idéntico á los que yo recibia durante la curacion de mi herida?

CLOTIL. (*Riéndose á carcajadas*) Já! Já! Já! Es muy original esto! Ayer me suponia usted cantatriz, y hoy me supone la heroina de sus sueños! Já! Já! Já!

MARQ. Señora!...

CLOTIL. Qué tiene de estraño que yo lleve un ramillete parecido ó semejante á otros que habrá usted visto, cuando estas flores son ahora muy de moda en París? No abrigando ya el corazon la constancia ni los recuerdos, es preciso llevarlos en la mano!

MARQ. Qué cruel es usted!

CLOTIL. Cruel? Y por qué?

MARQ. Porque me arranca mis mas dulces ilusiones! Tal vez le pareceré á usted un loco ó un imbécil; pero lo que usted ha satirizado con tanto chiste, era mi vida, era mi única esperanza!

CLOTIL. (*Conmovida.*) Señor Marqués....

MARQ. Si señora: yo habia idealizado á aquel ser misterioso, á quien amo sin haberle visto nunca, y lo habia imaginado como usted es.... jóven, hermosa, buena... Con sus mismos ojos, con su mismo cabello, con su propio talle, con su propia sonrisa! (*Clotilde se sonrie.*) Lo veo, lo veo; siempre se rie usted de mí!

CLOTIL. No, no es de usted: es de su exaltacion, de su poesía! Quién le dice á usted que aquella mujer que vió con máscara no sería una vieja...?

MARQ. No!

CLOTIL. Una fea...?

MARQ. No!

CLOTIL. Una coqueta, una intrigante?

MARQ. No, no, y mil veces no! Hable usted, hable usted! Dígame que no me equivoco, que no me engaño.... (*Arrojándose á sus piés.*) Usted era! usted era!

CLOTIL. Levántese usted por Dios! Viene gente! Levántese usted repito! (*El Marqués exhala un suspiro, y se deja caer*

sobre un sillon; al mismo tiempo Clotilde se levanta, y vá á recibir á Luisa que sale por el foro, del brazo de Don Enrique.)

ESCENA X.

DICHOS, LUISA, D. ENRIQUE, EL BARON, *y* D. HOMOBONO.

CLOTIL. Qué tal, Luisa mia, se ha bailado?

LUISA. (*Dando las gracias á D. Enrique con un ademán, y sentándose.*) Sí, sí, y te confieso que estoy rendida! (*Se sientan las dos.*)

ENRIQUE. Esta señorita walsa perfectamente.

LUISA. Mil gracias! (*Continúan hablando.*)

HOMOB. (*Despues de haber llamado aparte con misterio al Marqués y al Baron.*) Todo lo sé!

MARQ. Y qué sabes?

BARON. Esplícate!

HOMOB. No se habla de otra cosa en los salones; la Condesa está furiosa, y la vá á arrojar ignominiosamente de su casa.

MARQ. Pero á quién?

BARON. Habla, habla!

HOMOB. No es cantatriz, ni modista, ni princesa rusa, ni italiana, ni...

MARQ. Entonces, qué es?

HOMOB. Lo qué es? Estremeceos, queridos míos, estremeceos... y lo peor de todo es que no cabe duda!

MARQ. Acabarás?

BARON. Acabarás?

HOMOB. Pues bien, la tal señora.... la que no quiso bailar conmigo.... es una espía asalariada por un gobierno estranjero.

BARON. Ah!

MARQ. Es imposible! Es imposible que esa mujer tan jóven, tan bella, tan llena de talento, haya descendido á semejante grado de infamia y de abyeccion.

HOMOB. Pues no lo dudes; acabo de adquirir la mas completa certidumbre de lo que os digo.

BARON. Y cómo?

HOMOB. En primer lugar me lo ha asegurado la Condesa.

MARQ. Carolina? Entonces ya no me admiro!

HOMOB. Sí: parece que un embajador se lo ha dicho en secreto.

MARQ. Secreto que ella guarda muy bien!

HOMOB. No tiene nada de particular que me lo confie á mí, que soy íntimo amigo suyo.

MARQ. Y no ves que todo eso tiene trazas de ser una torpe calumnia de Carolina, por motivos que acaso no se me ocultan?

BARON. Calumnia? Veo, amigo mio, que lo tomas con demasiado calor: yo por mi parte creo que el relato de la Condesa tiene muchos visos de verdad.

MARQ. De verdad? No, y mil veces no! Queréis saber el origen de lo que insisto en calificar de torpe é inícua calumnia? Pues bien, son los zelos, el amor propio ofendido!

HOMOB. Tú siempre presuntuoso!

MARQ. Y tú siempre imbécil!

HOMOB. (*Furioso.*) Podría responderte en el mismo tono.... pero me callo!

BARON. Aunque tuvieses razon, Alberto; aunque Carolina haya propalado esas voces por un espíritu ruin de venganza, debes examinar los fundamentos de tan grave acusacion. Si esa mujer puede descubrir su nombre á todos, por qué lo oculta? por qué se rodea de impenetrable misterio? Oigamos á Homobono, que quizás por la primera vez en su vida nos trae noticias importantes.

HOMOB. Si me dejaseis hablar..

MARQ. (*Imperiosamente.*) Habla! Habla!

HOMOB. Pero aqui viene la Condesa, y ella te dirá....

ESCENA XI.

DICHOS, LA CONDESA, DOÑA VIRGINIA, *y convidados.*

BARON. (*Corriendo al encuentro de la Condesa.*) Carolina, respóndame usted: es cierto?...

COND. Todo lo que usted me pregunte, es cierto; y así debe usted comprender que no permitiré que ni un instante mas esté esa mujer en mi casa. (*Ap.*) Alberto se ha puesto pálido!

BARON. Y vá usted á dar una campanada semejante, un escándalo?...

MARQ. Piense usted bien lo que vá á hacer, Condesa.

COND. Lo he pensado ya; y habiendo sido público el agravio, debe ser pública tambien la reparacion. *(Todos se agrupan en un lado dejando en el otro solas á Clotilde y á Luisa, que se levantan sorprendidas. La Condesa dá algunos pasos hácia ellas, y les dice.)* Señoras, ruego á ustedes que me dispensen; pero han corrido voces en mis salones, que siendo ofensivas para ustedes, lo son tambien para mí.

CLOTIL. No comprendo, señora Condesa. (*Con dignidad.*)

COND. Ante todo, sírvase usted decirme su nombre.

CLOTIL. Mi nombre? No lo sabe usted, y sin embargo, me convida á su baile!...

COND. Porque me habian dicho... porque me habian asegurado....

CLOTIL. Que era yo una persona ilustre, y ahora le han dicho á usted lo contrario! Dando fé á un rumor me recibe usted en su casa; y dando crédito á otro me arroja usted ahora de ella! Mi nombre! Qué importa mi nombre? Yo podría decirle á usted cualquiera; y con tal de que fuese estranjero, muy sonoro, muy retumbante; con tal de que acabara en if, ó en of... usted se quedaría tan satisfecha, creyendo que soy una duquesa, una princesa rusa, ó una Palatina alemana! Pero no mentiré, ni me rebajaré á dar á usted inútiles esplicaciones. Yo he venido aquí, porque usted me envió una papeleta invitándome; ni lo solicité ni lo deseaba. Si le pesa á usted haberme admitido, la culpa es suya, puesto que obró con tal ligereza. Sepa usted entre tanto que ninguna de las personas que aquí se hallan, debe desdeñarse de estar á mi lado, porque delante de todos puedo levantar mi frente muy alta!—Esto es lo único que tengo que responder á usted; no la impido que se informe, que averigüe, en fin que descubra mi verdadero nombre. No tengo porque ocultarlo, pues no le deshonra ninguna mancha. A usted se lo habria dicho, si me lo hubiera preguntado de otro modo: á los necios, á los curiosos, y á los imprudentes no se lo diré nunca. Por lo demás, señora Condesa, no debe usted sentir este incidente, que acaso contribuirá á que se

hable mas de su baile, y á darle cierta celebridad novelesca. Yo por mi parte no la guardo á usted rencor, como no se lo guardo tampoco á ninguno de los que se han entretenido conmigo, haciéndome blanco de sus graciosas invenciones. Adios, señora Condesa.—Vamos, Luisa.—Adios, señores. (*Tomando el brazo de Luisa, y saludando con dignidad á todos; en aquel momento el Marqués se separa del grupo de los que le rodean, se acerca á Clotilde, y la dice con nobleza.*)

MARQ. Señora, se digna usted aceptar mi brazo?

CLOTIL. Ah! (*Tomándolo.*) Gracias, señor Marqués, gracias! (*Vánse los tres.*)

ESCENA XII.

DICHOS, *menos* CLOTILDE, LUISA, *y* EL MARQUÉS.

COND. Qué descaro!

HOMOB. Qué atrevimiento!

BARON. No hay remedio: es una intrigante!

VIRG. No hay duda; es una espía!...

COND. Y no se inmutó siquiera!...

HOMOB. Con que serenidad respondió!...

BARON. Debe ser una cómica!

VIRG. Sí: representó perfectamente su papel!

COND. Y el Marqués convertirse en su campeon!

BARON. Hacerse públicamente su D. Quijote!

HOMOB. Se ha vuelto loco!

VIRG. Loco de remate!

ENRIQUE. Pero están ustedes seguros de lo que dicen?

COND. Segurísimos!

ENRIQUE. Quién se lo ha dicho á usted?

COND. Quién? Todo el mundo!

ENRIQUE. Todo el mundo no es nadie!...

COND. Hay datos terribles!

HOMOB. Su conversacion con el ministro...

COND. Que no ha faltado quien oiga!....

ENRIQUE. Es posible?

BARON. Silencio; el Marqués vuelve, despues sin duda de haberlas dejado en su coche.

COND. Y míreule ustedes que aire de triunfo trae!

ESCENA XIII.

DICHOS, LL MARQUÉS.

COND. (*Saliéndole al encuentro.*) Amigo mio, venga usted acá; yo le felicito de corazon, porque lo que usted ha hecho es verdaderamente heróico.

HOMOB. Sí, sí!

COND. Heróico, lo repito!

MARQ. (*Con nobleza.*) Ignoro si es heróico, Condesa; pero sé que he cumplido con los deberes de caballero, defendiendo á una señora á quien todos ultrajaban, haciéndola blanco de una infame calumnia.

COND. Calumnia!

TODOS. Calumnia!

MARQ. Calumnia, señores; y el que se juzgue ofendido pídame cuenta de mis palabras.

COND. Esa es demasiada obcecacion; y yo voy á confundirle á usted al instante. No han recibido usted y el Baron hoy la cruz de Cárlos III?

MARQ. Es cierto!

COND. Pues solo á esa mujer se las deben ustedes!

BARON. Ah! Yo la arrojo! (*Se arranca la cinta y la tira al suelo.*)

MARQ. (*Se la quita tambien, la lleva á sus labios, y la guarda en un bolsillo.*) Y yo la guardo!

COND. D. Homobono lo ha oido!

HOMOB. Sí! Sí!

MARQ. (*Furioso ya.*) D. Homobono? Pues D. Homobono miente! (*Movimiento de desaprobacion y sorpresa entre los concurrentes.*)

VIRG. Aqui vá á haber un lance, santo cielo!

COND. Marqués, usted ha perdido el juicio, y es menester dejarle. Polka, señores, polka! (*Oyese dentro la orquesta que la toca: la Condesa se aparta del Marqués y se dirige á los convidados, con los que habla animadamente; algunos ván á bailar; otros observan el grupo que forman el Marqués, el Baron, D. Homobono, Doña Virginia, y D. Enrique.*)

HOMOB. Con que yo miento? Con que yo miento?

MARQ. (*Fuera de sí.*) Sí, mientes tú, y todos cuantos sostengan lo mismo!

VIRG. Señor Marqués, por Dios!

BARON. Mide bien tus palabras, Alberto!

MARQ. Hola! Te picas? En ese caso quiere decir que mi calificacion te comprende á ti tambien!

BARON. (*Furioso.*) Necesito una esplicacion pronta de lo que acabas de pronunciar!

MARQ. Y si me niego á dártela?

BARON. Te la pediré de otro modo y en otro sitio!

VIRG. Señores, señores!...

MARQ. Cuando usted guste y como quiera!

BARON. A usted le toca determinar esó. Nombre usted persona que se entienda con el señor, (*Señalando á D. Homobono.*) á quien doy facultades amplias para este asunto.

MARQ. Mi amigo el señor D. Enrique Figueroa se pondrá de acuerdo con él esta noche misma (*Saludándolos, y retirándose.*) Polka, señores, polka!

VIRG. Un duelo! Un desafío! Una catástrofe horrible!... Ah!... (*Desmayándose ridiculamente sobre un sillon: algunos acuden á socorrerla: otros hablan al Marqués; y otros por último se dirigen á los salones del fondo á bailar.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una pieza de paso en la fonda de las Peninsulares, que comunica entre el cuarto del Marqués y el del Baron, situados enfrente el uno del otro; el del primero tiene el número 20, y el del segundo el 21.—En el fondo la puerta de salida; otra en segundo término que corresponde al cuarto de Clotilde.—Un biombo al lado opuesto.—Balcon á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES *y* PERICO.—*El Marqués viene de la calle, y con el mismo traje de baile que tenia en el acto segundo; Perico le sigue.*

MARQ. Qué hora tenemos, Perico? (*Quitándose el paletot, la corbata y el frac, y poniéndose un pañuelo negro y una levita.*)

PERICO. Las ocho acaban de dar en el reló de la aduana.—Quiére V. S. tomar chocolate? (*Ayudándole á vestirse.*)

MARQ. No; he tomado café en el baile de máscaras.

PERICO. Hola! Viene V. S. de las máscaras? Cáspita! El mundo es para ustedes los ricos... siempre de diversion en diversion! Porque apuesto á que anoche estaría V. S. en otra parte!

MARQ. Sí.

PERICO. Toma! Yo lo creo! En el baile de aquella Condesa que vino á la fonda la otra mañana, y que convidó á la señora del número 7. Y era una real moza la tal Condesa! Válgame Dios!... Y cómo dijo su lacayo que se llamaba? Ello era una cosa verde...

MARQ. Perico!

PERICO. Justamente: la Condesa viuda de Prado-Verde. Con qué es viuda?

MARQ. Sí!

PERICO. Y tan jóven y tan bonita! Vaya si tuvo mal gusto en morirse su marido!—Diga V. S., y queda por allá aun el señor Baron?

MARQ. Sí, todavía le dejé en las máscaras.

PERICO. Como es tan mala cabeza!... Pero qué *divirtido* es tambien! Mucho mas *divirtido* que V. S., que está siempre tristote, pensativo...

MARQ. Perico, quieres dejarme en paz?

PERICO. Pues si es verdad! Un señorito tan rico, tan guapo, tan... y siempre con esa *malanconía*. Parece increible! Vaya! Estará V. S. enamoricado?

MARQ. Quieres callarte con mil demonios?

PERICO. Yo me callaré; pero no sé si los demonios tendrán la bondad de obedecerle á V. S.

MARQ. Vete.

PERICO. Bueno, me iré.

MARQ. Y si viene mi amigo el señor D. Enrique, que entre aquí.

PERICO. Mírele V. S. Justamente ahí está. (*Váse.*)

ESCENA II.

EL MARQUES, D. ENRIQUE.

MARQ. (*Levantándose y corriendo hácia él.*) Y bien, Enrique, qué hay?

ENRIQUE. (*Tristemente.*) Todo está arreglado!

MARQ. A qué hora?

ENRIQUE. A las once.

MARQ. Un poco tarde es! Y en qué sitio?

ENRIQUE. Detrás de la venta del Espíritu Santo; es el mas seguro y el mas solitario á tales horas.

MARQ. Y las demás condiciones?

ENRIQUE. Como tú quieras, á pistola, y á veinte pasos. Por qué te has obstinado en que fuese así?

MARQ. Porque nada me parece tan ridículo como los desafios de hoy dia en que los contendientes vuelven ilesos, aunque heridos mortalmente por el ridículo; porque no quiero que mañana citen mi nombre con befa los periódicos, revelando al mismo tiempo la fonda donde hemos olvidado con vino de Burdeos ó de Champagne nuestros agravios... y nuestra dignidad!

ENRIQUE. Tú exageras...

MARQ. Qué exagero? Si no fuese verdad lo que digo, ni serian tantos los duelos, que son las mas de las veces un medio de darse importancia y de farolear, ni tantos tampoco los que se ponen en berlina.

ENRIQUE. Veo que es inútil hablar mas de este asunto...

MARQ. Sí: mi resolucion es irrevocable!

ENRIQUE. A las diez vendré á buscarte en mi coche...

MARQ. Y no te olvides, por lo que pudiera suceder, de llevar un cirujano.

ESCENA III.

DICHOS, D. HOMOBONO.

HOMOB. (*A Perico que le acompaña.*) Dónde está? Dónde está? Ah! Ya le veo! (*Corriendo hácia él.*) Alberto mio, yo no puedo permitir que ese desafio inícuo se verifique.

MARQ. Y sin embargo, se verificará!

HOMOB. Qué horror! Qué atrocidad! Entre dos amigos!

MARQ. Qué remedio! Luego, yo no soy el que desafia!

HOMOB. Pero fuiste el provocador! Y sabes, querido, que si yo tuviese peor genio, en vez de uno, podias haberte encontrado con dos lances?

MARQ. Todavía estamos á tiempo, y si gustas...

HOMOB. No, no; si yo tengo muy buen carácter!

MARQ. Sí, eres un hombre de azúcar candi!

HOMOB. Lo que se llama un cordero, una malva! Asi conocí que

aquello era un acaloramiento, y me dije...—porque yo hablo algunas veces conmigo mismo—me dije, repito: «Por qué habia de querer ofenderme Alberto?»

MARQ. Es claro; tú eres una persona completamente inofensiva!

HOMOB. Pues por eso no me piqué, que si no... Yo tambien sé disparar una pistola. Cáspita! En fin, el caso es que debemos impedir el duelo, Enrique.

ENRIQUE. Yo bien quisiera, mas...

HOMOB. Y el otro está tan terco como este! Le he hablado de ceder, y me ha contestado... una cosa que no se puede repetir aquí.

MARQ. Ya vés, querido Homobono, como son irrealizables tus buenos deseos. Yo te doy las gracias por ellos, y te pido que me perdones si anoche usé respecto á tí de alguna dureza en mi lenguaje!

HOMOB. Un poco durillo estuviste... pero, qué diantre! Entre amigos todo es permitido, y asi yo te perdono! (*Con solemnidad.*)

MARQ. Gracias! (*Cómicamente.*)

HOMOB. Con que no hay medio alguno de impedir una catástrofe?

MARQ. Ninguno.

HOMOB. Y, quién sabe las consecuencias que esto puede tener? Pistolas, eh? Si fuera al sable, vaya; con rebanarse una oreja, ó cortarse media docena de dedos, se acabó. Pero pistolas! Has de saber, que el riesgo alcanza hasta los padrinos!

MARQ. Hola! Tienes miedo?

HOMOB. Miedo? No! Aunque hay tan malos tiradores... y el Baron no lo es muy bueno. Quién me asegura que la bala que te dirija á tí, no venga á parar á mí, que ofrezco una superficie mas ancha?

MARQ. Homobono, llevas la prudencia hasta un estremo fabuloso!

HOMOB. Porque no me haria gracia que yo que no tengo maldita la gana de morirme, pagase el pato.

MARQ. Tranquilízate: te colocarás á una respetable distancia!

HOMOB. Entonces... entonces... batiros si quereis!

MARQ. Es mucho el interés que te inspiramos!

HOMOB. No, no... El diablo las carga, y...

MARQ. Amigos mios, creo acertado que nos marchemos á otra

parte. Esta sala nos pertenecia á Ricardo y á mí; es el único paso para nuestras alcobas, y no nos sería agradable á ninguno de los dos encontrarnos aquí.

HOMOB. Lo mismo piensa él, y me ha asegurado que no vendrá.

MARQ. No importa, necesitará vestirse, y lo mas prudente es dejarle el campo libre. Decidme, queréis almorzar abajo conmigo?

HOMOB. Yo siempre estoy dispuesto...

MARQ. Para comer, ya lo sé. (*Llamando.*) Perico! Perico!

ESCENA IV.

DICHOS, PERICO.

PERICO. Mande V. S.

MARQ. Que nos dén un buen desayuno al momento!

PERICO. Si ustedes gustan bajar al comedor, allí está José, y él les servirá á ustedes corriendo.

MARQ. Y por qué no vienes tú, poltron?

PERICO. Yo no puedo moverme de aquí ahora; estoy ocupadísimo!

MARQ. Habrá maula!

PERICO. Dígame V. S.; no almuerza con ustedes el señor Baron?

MARQ. No.

HOMOB. Ni le esperes en toda la mañana, querido.

PERICO. No vendrá, eh? (*Ap.*) Pues me alegro mucho.

MARQ. Con que vamos.

ENRIQUE. Vamos.

HOMOB. (*Ap. al marcharse.*) Si me matan, al menos no me iré al otro mundo en ayunas. (*Vánse.*)

ESCENA V.

PERICO, *solo.*

(En cuanto los tres se van por la puerta del fondo, cierra Perico con cerrojo; saca una llave del bolsillo, y va á abrir sigilosamente la puerta que da á las habitaciones de Clotil-

de.) Pues señor, todo se presenta perfectamente; el Baron no vendrá; los otros se van á almorzar muy descansadamente; y mientras tanto yo puedo ganarme los cuartos que me han ofrecido esas señoras si las facilito por un momento la entrada aqui. (*Asomando la cabeza por la puerta, que ha abierto ya, y llamando.*) Señora, señora, cuando V. E. guste puede salir.

ESCENA VI.

DICHO, CLOTILDE, LUISA *y* DOÑA VIRGINIA.

CLOTIL. (*Asomándose con temor.*) No hay nadie?

PERICO. Nadie, ni miedo de que vengan. Están almorzando abajo.

CLOTIL. Ah! (*Saliendo con Luisa y Doña Virginia.*) Pero (*A Doña Virginia.*) siga usted refiriéndome los pormenores de ese triste acontecimiento.

VIRG. El señor Marqués tomó acaloradamente la defensa de usted contra el señor Baron y los demás que la inculpaban...

CLOTIL. (*Con amargura.*) El Baron?

LUISA. Es posible! El Baron?

VIRG. Si señora, tiene muy mala cabeza, y peor lengua. Las cosas que dijeron de usted! Uno pretendia que es usted una intrigante; otro una espía; otro una trapisondista; otro una bailarina; otro...

CLOTIL. Basta ya!

VIRG. (*Ap.*) Cual de estas cosas será? (*Alto.*) En fin, el señor Marqués se puso furioso, y les dijo á todos que mentian.

LUISA. Perfectamente! (*Con entusiasmo.*)

CLOTIL. Oh! Es un noble y generoso corazon! Siga usted, siga usted!

VIRG. Algunos murmuraron un poco; la mayor parte se calló, y el único que hizo frente al Marqués fue su íntimo amigo el Baron...

LUISA. Dios mio!...

CLOTIL. Sosiégate.

VIRG. Cruzáronse palabras agrias.—Miente usted.—El que miente es usted!—No me lo dirá usted en otra parte.—

Se lo diré á usted en todas.—Es usted un tal.—Es usted un cual.—A qué hora?—A esta.—Con qué armas? —Con las otras.—En qué sitio?—En el de mas allá.— En fin, yo conocí que se me helaba la sangre en las venas; sentí un síncope horrible, y me desmayé!

CLOTIL. Y no sabe usted nada mas?

VIRG. Cuando volví en mí, me encontré sola; todo el mundo me habia abandonado inhumanamente; ni siquiera estaba allí para socorrerme ese D. Homobono que se ha enamorado tan locamente de mí. Me levanté, recorrí los salones, y todos los concurrentes estaban risueños y alegres; todos bailaban, todos embromaban, todos hablaban diversamente de usted.—Semejante contraste me hizo daño; cobré horror á una sociedad tan indiferente y egoista, y sin despedirme siquiera de la Condesa, salí con dignidad de aquella casa.

CLOTIL. Por Dios, abrevie usted: no perdamos un tiempo precioso!

VIRG. Eran las cuatro de la mañana, y esperé con impaciencia á que amaneciese para venir á informarle á usted de lo ocurrido, y para que usted impida ese desafio de que es usted sola causante.

CLOTIL. Y lo impediré, lo impediré!.. Sosiégate, Luisa mia! (*Viendo que esta se deja caer pálida y trémula sobre un sillon.*)

LUISA. Sí, sí!

CLOTIL. Y no ha averiguado usted nada acerca de la hora, del sitio?

VIRG. Si señora, por una casualidad. Al venir hácia acá, noté que me seguia D. Homobono...—porque desde que me conoce no puedo dar un paso sin que venga detras de mí!—Me volví para reprenderle su imprudencia, pues lo era y muy grande seguir así, tan temprano, á una jóven soltera, y sin saber cómo trabamos conversacion. El pobre muchacho estaba tambien horrorizado! Figúrese usted que segun me dijo han elegido la pistola, y á quince pasos de distancia!...

LUISA. Qué horror!

CLOTIL. Y el sitio?

VIRG. Válgame Dios! Donde dijo? Ah! Junto á la venta del Espíritu Santo!

CLOTIL. Y la hora?

VIRG. Las once de esta mañana.

CLOTIL. Oh! Entonces tenemos tiempo, y gracias á Dios, ese duelo no se realizará.

LUISA. De veras, Clotilde?

CLOTIL. Te lo prometo.

LUISA. Tú me tranquilizas!

CLOTIL. (*A Perico que ha estado retirado durante el anterior diálogo.*) Diga usted, no ha venido el señor Baron?

PERICO. Desde anoche no ha vuelto á parecer.

CLOTIL. Y el señor Marqués, estaba inquieto, agitado?

PERICO. No señora; malancónico como siempre.

CLOTIL. Ah! está triste?

PERICO. Desde que llegó le he visto asi!

CLOTIL. (*Ap.*) Sí: me ama, me ama! (*Alto.*) Cuál es su cuarto?

PERICO. (*Señalando al número* 20.) Aquel.

CLOTIL. Y el del señor Baron?

PERICO. El de enfrente.

VIRG. Señora, que va usted á hacer en él?

CLOTIL. Nada; á dejarle estas flores.

VIRG. Ese ramillete? Y con qué fin?

CLOTIL. Oh! Es un misterio!—Luisa, tienes ahí el medallon?

LUISA. (*Sacándole.*) Aqui está...

VIRG. Acaso esa señorita va tambien?...

LUISA. A dejar este retrato en el cuarto del Baron!

VIRG. (*Mirándolo.*) El retrato de un niño!...

LUISA. Que es ahora un hombre!

VIRG. No adivino!...

CLOTIL. Ni es menester!

VIRG. Y por eso solamente han querido ustedes entrar en este aposento?

CLOTIL. Por eso solamente.

VIRG. Luego es un talisman?

CLOTIL. Un talisman!

VIRG. Y para qué?

CLOTIL. Ya lo veremos.

BARON. (*Dando golpes en la puerta del fondo.*) Perico! Perico! Abre con mil demonios, ó echo la puerta abajo!

PERICO. El señor Baron!

CLOTIL. }
LUISA. } Ricardo!

LUISA. No podemos detenernos!

BARON. (*Dentro.*) Perico.

CLOTIL. Huyamos!

LUISA. Huyamos! (*Clotilde y Luisa asustadas corren á la puerta que habia quedado abierta, se entran por ella, y la cierran de golpe, dejando afuera á Doña Virginia.*)

VIRG. Aguárdenme ustedes! Aguárdenme ustedes! Ah!... Me dejan aqui!...

PERICO. (*Queriendo abrir.*) Y han echado el cerrojo por dentro! (*Golpes del Baron en la puerta.*)

VIRG. Infeliz de mí! Escóndame usted!

PERICO. Y dónde? En ese cuarto? (*Señalando al del Marqués.*)

VIRG. En el cuarto de un hombre! Nunca!

BARON. Perico! Perico! (*Dentro siempre.*)

PERICO. Va á derribar la puerta!

VIRG. Escóndame usted! Escóndame usted!

PERICO. Como no sea debajo de la mesa!

VIRG. Ah! Detras de ese biombo!

PERICO. Es verdad! Y yo que no habia caido!... (*El Baron no deja de dar golpes furiosos en la puerta.*)

VIRG. (*Ocultándose.*) Abrā usted! Abra usted ya!

(*Perico descorre el cerrojo, y salen el Baron y D. Homobono.*)

ESCENA VII.

DOÑA VIRGINIA *oculta*, EL BARON, D. HOMOBONO *y* PERICO.

BARON. Bribon!—Que hacias aqui encerrado?

PERICO. Yo? Yo... no hacia nada... me habia dormido esperándole á usted... y...

BARON. Esperándome, pícaro?

PERICO. Desde anoche... Como usted no habia venido aun...

BARON. Pues vaya un sueño que tienes! Anda, anda, lárgate, si no quieres que te quede memoria. No oyes que te marches?

PERICO. (*Huyendo.*) Ya me voy! Ya me voy! (*Ap. al marcharse.*) No se armará mala si encuentra ahí á la vieja! Creerán acaso que es una intriga mia! Dios les perdone el mal pensamiento. (*Váse á un nuevo gesto amenazador del Baron.*)

ESCENA VIII.

Doña Virginia *siempre oculta*, El Baron, *y* D. Homobono.

Homob. Pero no decias que no querias volver aqui por no encontrarte con Alberto?

Baron. Es verdad! Mas no habia de ir á batirme con corbata blanca y frac negro. (*Mientras habla, se quita la corbata, se pone otra negra, y una levita en vez del frac.*) Pierde cuidado; no tardaré mucho; en un santi-amen estoy listo, y desaparezco.

Homob. Y es posible, Ricardo, que no has de dar oidos á mis consejos?

Baron. No les doy oidos, porque son como tú, estúpidos.

Homob. De que manera me tratas! Y entonces, por qué me elegiste para padrino?

Baron. Porque no encontré otro á mano.

Homob. Gracias.

Baron. No hay de qué.

Homob. Yo no puedo permitir que os mateis asi sin mas ni mas. Luego, si uno de los dos quedase en el campo, los padrinos tendríamos que tomar las de Villadiego.

Baron. Egoiston!

Homob. Lo dicho, dicho: el desafio no se realizará. Ahora mismo voy á hablar á la desconocida, á la que tiene la culpa de todo, y á decirla que por su causa van á esponer su vida cuatro hombres.

Baron. Cuatro? Yo creia que no éramos mas que dos.

Homob. Cuatro: los padrinos están igualmente espuestos á que los deje frios una bala estraviada.

Baron. Cobardon!

Homob. Voy al cuarto de esa princesa ó lo que fuere... que está aqui al ladito: me reconcilio con ella; la intereso en favor nuestro; viene, habla, os convence, y esta tarde comemos todos reunidos en casa de l' Hardy.

Baron. El plan seria muy bonito, si yo te dejara llevarlo á cabo.

Homob. Y me dejarás!

Baron. No te dejaré!

Homob. Cómo?

BARON. Repito que no irás...

HOMOB. Y yo repito que iré! (*Dando un paso hácia la puerta.*)

HOMOB. Lo veremos! (*Colocándose delante de la puerta.*)

HOMOB. Lo veremos!

BARON. Te digo que no sales, gordo!

BARON. Saldré, saldré, saldré!

BARON. (*Dándole una vuelta, y haciéndole girar como una perinola.*) No saldrás! (*El Baron aprovechando el aturdimiento de D. Homobono, se marcha rápidamente, cierra la puerta, y echa la llave por la parte esterior.*)

ESCENA IX.

DOÑA VIRGINIA *y* D. HOMOBONO.

HOMOB. (*Corriendo á la puerta y llamando.*) Y me encierra! Y quita la llave! Ricardo! Ricardo!

VIRG. (*Saliendo de su escondite.*) Encerrada con un hombre! Dios mio! Estoy perdida!

HOMOB. (*Asombrado.*) Señora, usted aquí?

VIRG. Sí, hágase usted de nuevas: usted ha venido porque sabia que yo estaba escondida en este cuarto!

HOMOB. Yo lo sabia?

VIRG. Si señor, si señor! Con que es decir que no ha de cesar usted de perseguirme?

HOMOB. Señora, la que me persigue es usted!...

VIRG. Si usted no se marcha al momento, van á poner en duda mi pureza, acrisolada durante toda mi vida, durante veinte y nueve años!

HOMOB. Cómo! No tiene usten mas edad?

VIRG. Ay! No sabe usted que las solteras no pasamos nunca de los veintinueve años? Asi, lo repito; márchese usted; márchese usted!

HOMOB. No deseo otra cosa! Pero por dónde?—Las alcobas no tienen salida; esa puerta está cerrada!

VIRG. Caballero, allí tiene usted el balcon!

HOMOB. (*Corriendo á él, abriéndolo, y asomándose.*) Lo menos está á cien varas de altura! Piso segundo sobre entresuelo!

VIRG. Pues elija usted; ó casarse conmigo, ó arrojarse por el balcon!

HOMOB. (*Ap.*) De todas maneras, si me casase con ella primero, me arrojaría despues por el balcon; con que mas vale hacerlo antes! (*Alto.*) Señora, me decido por dar el salto!

VIRG. Despáchese usted! Despáchese usted!...

HOMOB. (*Asomándose al balcon y retirándose de nuevo*) No, no: nunca me atreveré!

VIRG. Es decir que entonces prefiere usted...?

HOMOB. Si señora; prefiero no tirarme á la calle, y no casarme con usted!

VIRG. Eso no es posible! Piense usted que yo no tenia mas dote que una reputacion incólume... y mis gracias!

HOMOB. (*Ap.*) Sus gracias!

VIRG. Asi, si usted no se marcha, voy á llamar, voy á gritar, voy á acusarle á usted de haberme deshonrado!

HOMOB. Señora!

VIRG. Con que elija usted: casamiento ó balcon?...

HOMOB. Es decir, mi mano ó la vida?

VIRG. Responda usted pronto!

HOMOB. (*Sentándose furioso.*) Haga usted lo que se le antoje!

VIRG. Seductor! Usted se acordará de mí. (*Corre á la puerta del fondo, y comienza á golpearla fuera de sí.*) Socorro!

HOMOB. (*Asustado levantándose.*) Pero, está usted empecatada?

VIRG. Yo le castigaré á usted. (*Golpeando siempre la puerta.*) Socorro! Auxilio!

HOMOB. Silencio con mil demonios! No vé usted que va á armar un escándalo?

VIRG. Eso quiero; un escándalo... y una reparacion!

HOMOB. Calle usted por Dios!

VIRG. No callo! Socorro! (*Golpeando la puerta.*)

HOMOB. Calle usted, y nos casaremos!

VIRG. Me empeña usted su palabra?

HOMOB. Si señora, sí!... (*Ap.*) Yo la desempeñaré despues!

VIRG. Entonces, me callo!

(*En el mismo momento se oye descorrer la llave, y aparecen la Condesa y el Baron.*)

ESCENA X.

DICHOS, LA CONDESA *y* EL BARON.

COND. (*Saliendo.*) Pero qué es esto? D. Homobono!

BARON. Doña Virginia! Los dos juntos aquí!

VIRG. (*Con solemnidad.*) Señora, este caballero acaba de ofrecerme su mano!

BARON. Es cierto, Homobono? (*Riéndose.*)

HOMOB. No... (*Gesto terrible de Doña Virginia.*) Es decir, sí... (*Ap.*) No sé lo que me pasa!

VIRG. Sí! El será el Pablo de esta desvalida Virginia!

BARON. (*Ap.*) Si al menos tuvieras tú el fin de tu tocaya!

COND. El lance es cómico, seguramente; pero ya sabe usted, Baron, que no era este el objeto de mi venida. Yo suscité el duelo con mi imprudencia; yo debo impedirlo por todos medios.

BARON. Ya es tarde, Condesa!

COND. Nunca es tarde para escuchar la voz de la razon. (*La Condesa y el Baron tienen este diálogo un poco lejos de Doña Virginia y D. Homobono; este se ha vuelto á sentar despechado; aquella le habla con ternura, mientras él la responde con aspereza.*) Sí! yo amaba á Alberto, y estaba celosa de esa mujer. Entonces perdí la cabeza, y no supe lo que hice! Ahora vengo á reparar aquella falta.

BARON. Es imposible!

COND. No lo será; yo veré al Marqués; le diré que me perdone mi incalificable ligereza... él es noble y generoso y me perdonará!

BARON. Y aunque eso sea, qué tiene que ver con nuestro duelo?

COND. Le diré tambien cuanto es impío y horrible que dos amigos, casi dos hermanos, crucen sus armas por una persona desconocida, y que es acaso indigna de la sangre que por ella vá á derramarse!...

BARON. No la atenderá á usted, porque está enamorado!

COND. Ah! (*Suspirando.*) Entonces, yo le diré.... Pero él viene.

ESCENA XI.

DICHOS, EL MARQUES, D. ENRIQUE.

MARQ. (*Sorprendido, y friamente á la Condesa.*) Señora, usted aquí?

COND. Y no adivina usted, Marqués, el objeto de mi venida?

MARQ. No, Condesa.

COND. No quiere usted confesarlo? Pues bien, yo tengo menos orgullo, y voy á decirlo. Alberto, yo he venido para estorbar que ese desafio se realice.

MARQ. Ah! Sabe usted?...

COND. Quien no lo sabe en Madrid á estas horas?

MARQ. Doy á usted gracias por sus buenos deseos; pero... es imposible!

COND. Por qué?

MARQ. Por la razon que usted misma acaba de dar; porque todo el mundo lo sabe yá en Madrid á estas horas.

COND. Ah!

MARQ. Y yo, Condesa, que no tengo ni he tenido nunca miedo á la muerte, tengo mucho miedo al ridículo.

COND. Mas no habria algun medio?...

MARQ. No, no hay ninguno! El lance que se verificó anoche en su casa de usted fué desgraciadamente público, y pública tiene que ser su reparacion.

COND. Yo fuí, yo fuí la única culpable!...

MARQ. Gracias, Carolina, (*Conmovido y estrechándole una mano.*) gracias por ese interés y por tanta generosidad! (*Acercándose á los otros mientras la Condesa se enjuga las lágrimas.*) Son las diez y media; los coches nos aguardan abajo... Marchemos!

VARG. (*Ap.*) Y las otras que no vienen!

MARQ. (*Saludando á la Condesa con dignidad.*) Adios, señora; si muero, acuérdese usted alguna vez de mí... que fuí su amigo!

COND. Marqués! (*Llorando.*)

MARQ. Vamos!... (*A D. Enrique.*)

BARON. Vamos. (*A D. Homobono. Todos los personajes vuelven á saludar á la Condesa, que se deja caer sobre una silla; pero al ir á marcharse, los detienen Clotilde y Luisa que aparecen en la puerta del fondo.*)

ESENA XII.

DICHOS, CLOTIDE, *y* LUISA.

CLOTIL. Señores, tengan ustedes la bondad de aguardar un instante. (*Movimiento de sorpresa y de curiosidad en todos los personajes, que vuelven al proscenio: la Condesa se pone en pié.*)

MARQ. Usted aqui, señora?

BARON. (*Con ironía y malignidad.*) Usted aqui, princesa?

CLOTIL. Hace usted muy bien en darme ese título, porque es precisamente el que llevo.

BARON. (*Con ironía siempre.*) De veras? Y entonces por qué lo oculta usted?

CLOTIL. Lo he ocultado, porque durante mi incógnito queria castigar á alguno... y premiar á otro. Pero ahora se lo voy á revelar á usted!

BARON. A mí?

CLOTIL. A usted solo.

BARON. Mil gracias por semejante distincion.

CLOTIL. Usted es muy digno de ella.

BARON. Con que es una revelacion misteriosa tambien?

CLOTIL. Usted juzgará!

BARON. Pues ya la espero!

CLOTIL. Oiga usted! (*El Baron se acerca á Clotilde, y esta le dice una palabra al oido; él dá un grito y la estrecha en sus brazos.*)

BARON. Ah!!! (*Movimiento de sorpresa y de asombro en todos los demás personajes, menos Luisa.*)

MARQ. Qué significa?...

COND. Qué es esto?

CLOTIL. (*Sacando un medalloncito, y dándoselo al Baron.*) Lo conoce usted?

BARON. Mi retrato... cuando era niño!

MARQ. (*Con despecho.*) No me esplicará usted, señora?... (*A Clotilde.*)

CLOTIL. Todo, todo, señor Marqués. (*Primero le entrega con emocion el ramillete de perpetuas y pensamientos que traia en la mano; despues le dice una palabra tambien al oido.*

MARQ. Ah!!! (*Arrojándose á sus piés, cogiéndola una mano, y llevándola á sus labios.*)

HOMOB. Estamos haciendo bonito papel!

ENRIQUE. Pero no nos dirán ustedes?...

MARQ. (*Levantándose y tendiendo los brazos al Baron que se precipita en ellos.*) Ricardo!

BARON. Alberto! Me perdonas?

MARQ. No te ha perdonado ya ella?

VIRG. Pero por Dios, sáquennos ustedes de la curiosidad!

BARON. (*Tomando de la mano á Clotilde, y presentándola á los otros.*) Señores, presento á ustedes mi hermana Clementina, princesa de Braccio Forte, y á la cual no habia visto desde la niñez.

TODOS. Ah!

CLOTIL. (*Mirando espresivamente al Marqués.*) Princesa viuda, porque hace un año que lo soy!

MARQ. (*Se adelanta, toma la mano de Clotilde que acaba de soltar el Baron, y dice.*) Y yo, señores, presento á ustedes tambien á mi esposa, la señora Marquesa de Santa Fé. (*Bajo á Clotilde.*) A no ser que quiera usted ahora desmentirme!

CLOTIL. Nunca, nunca!... (*Tomando de la mano á Luisa, y presentándosela á Ricardo.*) Hermano, esta es nuestra prima Luisa, mi compañera de infancia, y á la que has dado hoy un susto mortal.

BARON. Señores, saluden ustedes á la futura Baronesa de Monte Florido!

LUISA. Ah! (*Con alegria.*)

VIRG. (*A D. Homobono.*) Vamos, esta es la ocasion; preséntame usted!

HOMOB. Presentarla yo?

VIRG. Me ha dado usted su palabra!

COND. Es cierto!

ENRIQUE. Y tú no puedes faltar á ella!

BARON. Es claro!

MARQ. No admite duda!

HOMOB. Señores, por el amor de Dios!

BARON. Al menos tendrás una mujer que nadie te disputará!

HOMOB. Buen consuelo!

VIRG. Despachamos? No? Pues yo lo diré! Señores, presento á ustedes mi futuro esposo, el señor D. Homobono Redondo.

HOMOB. Ah!

ENRIQUE. Será un matrimonio redondo!

BARON. (*A Clotilde.*) Ingrata! No escribirme siquiera que habias enviudado! Guardar tanto tiempo el incógnito conmigo!

CLOTIL. Todo lo merecias; y yo quise castigar tu indiferencia, tu desvío!

MARQ. Pero y yo que no habia cometido falta alguna por qué hacerme partícipe de la misma pena que á Ricardo?

CLOTIL. Es tan dulce descubrir el amor que inspira otra mujer... qué es una misma!

MARQ. Y sin embargo, por qué no quiso usted mostrarme el rostro la noche que tuve la fortuna de protegerla?

CLOTIL. Porque ante todo deseaba obtener su estimacion de usted. Qué hubiera usted pensado de la inconsolable viuda que al mes de serlo corria á un baile de máscaras?

MARQ. Hubiera pensado que no amaba mucho á su marido!

CLOTIL. Ay! Fué un yugo que me impusieron! Fué un matrimonio de conveniencia... El segundo será un matrimonio de inclinacion!...

MARQ. De veras? De veras me ama usted?...

CLOTIL. (*Dándole la mano, que él besa con efusion.*) Alberto, yo no habia amado hasta ahora! Usted será mi primero y mi último amor! *(Los demás personajes forman grupos diferentes; la Condesa habla con D. Enrique: Doña Virginia con D. Homobono; en el centro del teatro Luisa sonrie á Ricardo, que la habla con entusiasmo y con calor.)*

VIRG. (*A D. Homobono.*) Redondo, yo no habia amado hasta ahora: usted será mi primero y mi último amor!

FIN DE LA COMEDIA.

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
El Escondido y la Tapada. (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
Faltas juveniles. (a)	3	La Cueva.	8
Una conjuracion femenina. (o)	1	Navarrete.	4
Indicios vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
El suplicio de Tántalo. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
El chal de cachemira. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Amar despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Una mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
Cuál es mayor perfeccion? (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8
Fausto (o)	5	Asquerino (D. Eduar.)	8
Reinar despues de morir. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
A secreto agravio secreta venganza. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
El caballero feudal. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Muro.
Allicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Barcelona.	Oliva.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cadiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad-Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Moreno.
Chiciana.	Sanchez.
Ecija	Gimenez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Viuda de Grases
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Valero.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano
Málaga.	Moya.
Málaga.	Casilasi.
Murcia.	Adrion.
Motril.	Ballesteros
Mérida.	Arauna.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Medina del Campo.	Velayo.
Orense.	Ferrer.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Carabantes.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez
Talavera.	Bidarte.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Echavarría.
Vigo.	Fernandez Dios.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa y Coronas.